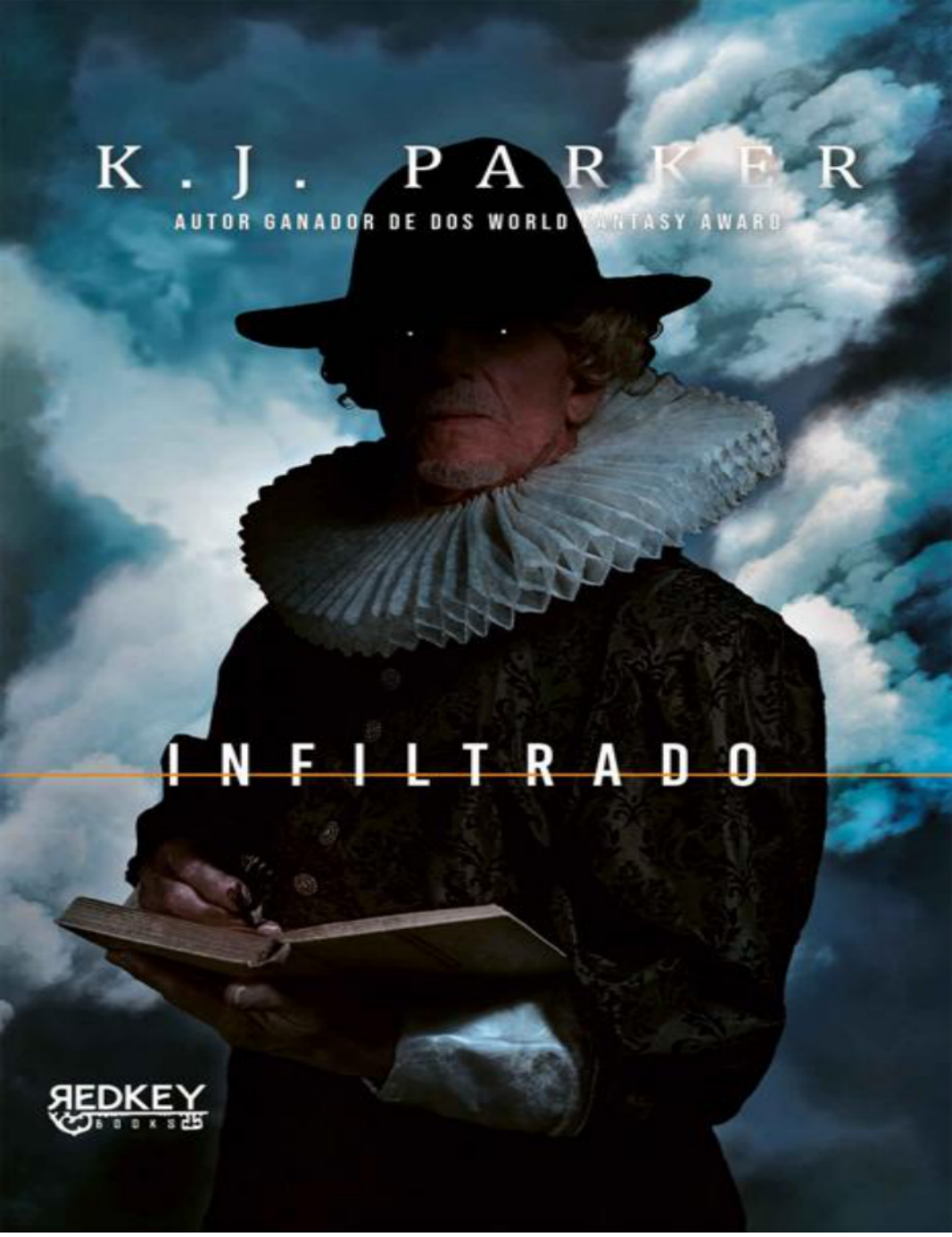
K. J. PARKER
AUTOR GANADOR DE DOS WORLD FANTASY AWARD
INFILTRADO
REDKEY
BOOKS

Sinopsis

Tras una experiencia traumática, y designado por sus superiores como «frágil», un demonio pasa sus días en un apacible convento distrayendo a los monjes de sus obligaciones religiosas. Su tediosa existencia termina cuando le encargan una nueva misión en la lejana Antecira, donde un duque amenaza con dar al traste con el gran Plan que ha regido la humanidad hasta entonces. Pronto se verá metido de lleno en un enrevesado complot de consecuencias insospechadas. Sin embargo, lo más grave de todo ello es que tendrá que vérselas de nuevo con su peor enemigo y el causante de todos sus males, un exorcista sádico al que poseyó en el pasado.

«Estamos nosotros y están ellos... No los llaméis exorcistas. No les gusta y, en general, no son el tipo de persona al que os conviene enfadar».

K. J. Parker regresa al mundo amoral de *El demonio de Próspero* con una sarcástica e irónica novela que le da la vuelta a la larga batalla que libran hombres y demonios, y donde nada es inmutable, ni siquiera las más sagradas reglas de la eterna lucha entre el bien y el mal.

Infiltrado

Infiltrado

K. J. Parker
Traducido por M. Pilar San Román

REDKEY BOOKS

Infiltrado

Título original: *Inside Man*
Primera edición: septiembre de 2022
Copyright © 2021 by Tom Holt
© de la traducción, María Pilar San Román, 2022
© de esta edición, Red Key Books 2022
Calle Pere IV, 51, 4º 4ª, 08018 Barcelona
www.redkeybooks.com

Diseño de portada: Andrés Sáez «Marlock»
Diseño y maquetación: Claudia Andrade

ISBN: 978-84-125438-5-8

Todos los derechos reservados:
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, incluidas la reprografía, tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, la difusión a través de Internet y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Creo que tenéis un refrán que dice: «Más vale demonio conocido que demonio por conocer», o algo por el estilo, así que permitidme que me presente: soy el Demonio. O, al menos, soy su apoderado y representante debidamente acreditado; soy parte de su organización, parte de él, en un sentido profundamente espiritual, carne de su carne incorpórea, espíritu de su espíritu hondamente antisocial. Hago trabajillos para él (en realidad, hablando con propiedad, para ellos; él es una especie de corporación, como una nube de moscas —véase «Mi nombre es Legión, porque somos muchos»—), como alguna tentación que otra y trabajo de campo general, pero sobre todo posesiones demoniacas ordinarias. Cuando me dedico a esta última labor, soy vuestra peor pesadilla, lo más horrible que posiblemente os pueda suceder en esta vida y en la siguiente. No soportaríais mirarme a la cara, algo que el sol y yo tenemos en común, pero no entremos en eso todavía. Por nada del mundo os gustaría tenerme dentro de vuestra cabeza; aunque no os fieis de mí, en esto hacedme caso. De modo que puede que os sorprenda un tanto descubrir que, en esencia, yo estoy de vuestro lado, o que, al menos en última instancia, compartimos cantoral, vosotros y yo.

Supongamos que la mano le tiene ojeriza al oído, que el tobillo desprecia al omoplato, y que el apéndice piensa que el colon es un cagueta. ¿Tendría eso alguna importancia siempre y cuando todos obedezcan al cerebro y crean en lo que este trata de hacer? A lo mejor la lluvia odia al mar… no lo sé. Todos tienen algo en común. Todos nosotros lo tenemos, incluso vosotros y yo. Me gusta pensar que lo que tenemos en común es lo que es correcto.

Sin embargo, esto no significa que todo el mundo comparta nuestro parecer.

Mi tarea actual está lo más abajo que puedes llegar en la lista del prestigio sin caerte por el borde inferior del papel, pero a mí me viene de perlas. La verdad es que es un trabajo difícil y arduo, que requiere inteligencia, paciencia, inventiva y —¿cómo lo diría?— cierto refinamiento y sensibilidad de los que numerosos de mis colegas —agentes admirables en muchísimos aspectos— carecen.

Yo me encargo de la observancia litúrgica en el monasterio del Tercer Cuerno. Es un lugar agradable y me encuentro a gusto en él. En particular, me encanta el claustro occidental. Tiene un exquisito jardín de hierbas aromáticas en el centro, con una fuentecita que atrapa el sol del mediodía. La capilla, más grande que la mayoría de las catedrales, es de estilo manierista reformado temprano, y cuenta con un rosetón sensacional —entrando por la puerta sur— y un bosque de rectísimos pilares de mármol rojo que ascienden quince metros antes de eclosionar en las tracerías más asombrosas, cual dedos extendidos para sostener un firmamento de filigranas. A lo mejor, los hermanos se prodigaron un pelín demasiado con el pan de oro aquí y allá —en el diseño de interiores eclesiásticos, la franja de tierra de nadie entre celo piadoso y vulgaridad es fina como una oblea, algo que olvidaron advertir a los manieristas—; no obstante, el efecto general es agradable a la metafórica vista y relajante para los nervios. En la capilla del Tercer Cuerno me siento en casa. Me siento plenamente seguro.

La supervisión de la observancia litúrgica —SupOLi, como la llaman en la sede central de División, aunque, de verdad, ojalá que no lo hicieran— es más un arte que una destreza, si queréis saber mi opinión. Hace mil años, el duque Sigvat III dotó de fondos al monasterio del Tercer Cuerno para que se celebraran misas cantadas por su alma a perpetuidad, por turnos, día y noche; la idea es que si te puedes permitir pagar una cantidad ingente de dinero a la Santa Madre Iglesia, entonces, cuando mueras, los piadosísimos monjes del Tercer Cuerno elevarán un recital de oraciones continuo e ininterrumpido implorando eternamente misericordia divina para tu alma. La lógica es irresistible. No importa que en vida fueras tan de cuidado como un tonel lleno de ratas y que murieses en pecado, sin haberte arrepentido de nada. Los monjes del Tercer Cuerno, los santos más excelsos que el dinero puede comprar, son varones de santidad tan irreprochable que Él no puede negarles nada; por lo tanto, eres perdonado por los méritos de ellos, no por los tuyos. Es un buen trato a un precio razonable. Decid que vais de mi parte.

Y aquí es donde intervengo yo; bueno, yo o algún otro a quien encarguen los trabajillos fáciles por frágil o incompetente, o porque es el cuñado metafórico de alguien. Los monjes ofrecen oraciones por el fallecido las veinticuatro horas de los siete días, utilizando formas de liturgia calculadas con gran precisión y de efectividad conocida y demostrada, las mismas fórmulas una y otra vez, como abogados

transfiriendo una propiedad, mientras transcurre una infinita sucesión de eras. Mi tarea es acercarme sigilosamente a un monje del coro en plena faena; colarme por su oído, cuenca del ojo o boca abierta; y distraerle, introduciendo en su mente un irrelevante pensamiento mundano, socavando su concentración, de suerte que farfulle, acentúe la sílaba que no es, se equivoque en una palabra o en el orden o, a lo mejor, incluso se salte toda una frase. Como es natural, eso invalida toda la oración —quien vive por la letra de la ley, muere por la letra de la ley; hay que estar a las duras y a las maduras—, y el alma de algún malnacido ricachón las pasa canutas durante cinco minutos en el gozoso más allá, hasta que el siguiente ciclo de rezos comienza y de nuevo vuelve a estar seguro en su capullo de intercesión protectora.

En realidad, la cosa tiene su intríngulis. Los chicos del Tercer Cuerno son profesionales curtidos, elegidos con esmero y altamente capacitados. Te puedes olvidar de tratar de interesarlos con imágenes de mujeres desnudas, libertinaje salvaje o demás cosas así de burdas. Al típico monje provincial y rústico se lo suele poder distraer con pensamientos rencorosos sobre sus compañeros —«¿por qué tiene que ser siempre él quien lleva el incensario en el oficio de vísperas del tercer martes de Anunciación?, es tan injusto…»—, pero probad eso con un tercer cuernista y se os reirá en vuestra metafórica cara. La táctica habitual que adoptan mis colegas —un procedimiento típico del manual de operaciones de campo— es tratar de debilitar la ciudadela de la fe con las zapas y minas de la duda: mientras el hermano repite el mismo mantra por vigésima vez esa mañana, le susurras al oído: «¿Qué sentido tiene en realidad esto? ¿De veras tiene algún sentido? Venga, reconócelo… estás perdiendo el tiempo y todo esto no vale para nada».

Tenemos procedimientos establecidos, de larga tradición y consagrados por el *Libro de reglas*. No funcionan, pero los tenemos y continuamos intentándolo con ellos, porque nuestras órdenes nos dicen que así lo hagamos. Según mi experiencia, la duda resbala por la férrea fe de un monje del Tercer Cuerno como agua por un hule; uno de nosotros está malgastando el tiempo en un acto de fe inútil, pero no es el monje, sino yo. De ahí que yo cuente con mi propia táctica, que de tanto en tanto sí funciona. Normalmente, no habría manera de arrancarme el secreto, pero qué demonios…

Yo lo hago así. Nada de fulanas desnudas, pensamientos rencorosos ni dudas persistentes. Con eso estáis jugando en su campo y vais a perder. No, hay que atacar donde es vulnerable. Así que,

cuando está enfrascado en la oración, concentrado en sus devociones con hasta la última fibra de su ser, le ofrezco una fugaz visión del más allá. Comparto con él —durante una infinitésima de segundo— mis propios recuerdos de cómo era mi vida antes del Desafortunado Incidente. Durante un brevísimo instante, él se encuentra donde yo estuve antaño, bañado por la luz gloriosa de la Palabra, a la derecha del trono celestial, contemplando el rostro del Eterno y viendo reflejado en él…

Sí, lo sé. Hacerle eso a alguien es un truco sucio, y tanto más si se trata de un santo varón, pero a veces funciona, y en el bien y en el mal todo vale. Cuanto más virtuoso sea el monje, mayores probabilidades de éxito, y mi opinión es que todo el mundo sale ganando: él disfruta de un momento de revelación trascendental, yo consigo diez puntos por distraer su atención, y el malvado pecador en el más allá recibe un oportuno recordatorio de para qué pagó todo ese dineral (y del excelente servicio que acostumbra a recibir a cambio, salvo cuando resulta que soy yo el encargado del trabajo).

Bueno, no todo el mundo. Yo consigo mis diez puntos, pero, para compartir el recuerdo, tengo que reabrirlo. Lo que es un precio bastante elevado a cambio de diez puntos. Así que a ratos soy un agente concienzudo y cumplo con mi deber lo mejor que puedo, aunque me resulte terriblemente doloroso, y a ratos soy un agente concienzudo y cumplo con mi deber como se supone que debo cumplirlo: de acuerdo con el procedimiento establecido en el manual de operaciones de campo, aunque no funcione. Al fin y al cabo, yo solo obedezco órdenes.

Así que aquí estamos, el hermano Eusebio —que yo creo que en el fondo no es un mal tipo— y yo. Él tiene setenta y seis años, se unió a la orden como novicio a los nueve; si contamos las completas de hoy, ha recitado el oficio de difuntos 142.773 veces. Existe eso que se denomina «memoria muscular», que es la base del entrenamiento de arqueros, espadachines y atletas. Si haces algo con la frecuencia suficiente, tu cuerpo es capaz de ejecutarlo a la perfección, aunque tu mente esté a kilómetros de distancia. Los músculos que controlan la lengua y la laringe del hermano Eusebio funcionan con la suavidad y eficiencia del gran reloj mecánico del campanario del Tercer Cuerno: imperturbables, automáticos, enunciando las palabras a las mil maravillas. Su mente está lejos, a mi lado, contemplando la luz inefable de Su presencia, pero sus labios continúan articulando las palabras mágicas, justo en el orden correcto, con los acentos

exactamente en las sílabas precisas. Yo disfruto con los retos, pero este tipo me ha derrotado. Bueno, mañana será otro día. Y al otro y al otro. Sin problema. Solo es un trabajillo de nada.

~

Me asignan trabajillos de nada porque oficialmente soy frágil. Esta es la nueva palabra de moda en División. Significa que en algún momento has tenido una mala experiencia que te ha dejado convertido en un perfecto inútil. Te pasas un montón de tiempo sentado en total oscuridad, la gente tiene que repetirte las cosas varias veces hasta que respondes, y un estruendo repentino o que alguien te pida que le pases la mostaza te puede dejar reducido a un torrente de lágrimas histéricas. No es culpa tuya, no puedes evitarlo, tu historial muestra que antes eras un agente valeroso y de confianza, con un futuro brillante ante ti en Maldad Aplicada, pero eso era entonces y esto es ahora, y tenemos un departamento que sacar adelante. Y, como tú sigues perteneciendo a él, tienen que encontrar algo para encargarte. En teoría, esto cuenta como trabajo, pero, si lo fastidias, nadie se va a enterar ni a nadie le va a importar. Así que, adelante. Suelta las ardillas de la guerra al grito de «¡Devastación!».

Así es. Yo tuve una mala experiencia una vez. Prefiero no hablar del asunto, si no os importa.

~

El hermano Eusebio acaba el turno de madrugada y se dirige al refectorio, donde estoy esperándolo con bollitos con semillas de sésamo y ponche de vino y especias. En el Tercer Cuerno creen en la austeridad del mismo modo en que creen en el Imperio Sasanio: es real y sale en todos los libros, pero no tiene que ver nada con nosotros. Las tres menos cuarto y en la sala no hay nadie salvo él y yo, sin duda una oportunidad merecedora de ser aprovechada. El hermano Eusebio es un buen hombre, aunque de natural curioso, y algunas cosas que ha visto últimamente le han dado que pensar…

Él me ve en el interior de un diácono de Odrisia, de visita en el

Tercer Cuerno para consultar en la biblioteca un comentario sobre Teodosio. En un monasterio grande y cosmopolita como este, siempre hay una o dos caras nuevas; es una de las cosas que tanto a él como a mí nos agradan de este lugar. Como en el pasado he estado en su mente, resulta que sé que los bollos con sésamo le gustan bastante, motivo por el cual hoy me he introducido sigilosamente en la cabeza del hermano cillerero y le he inculcado la idea de hornear unos cuantos. Hay quien lo llamaría posesión demoniaca, pero, para mí, no es más que ser considerado.

El hermano Eusebio mordisquea el extremo de su panecillo y me mira por encima de él.

—No está mal —dice.

—Yo, personalmente, prescindiría del toque de canela —respondo.

—Y yo, pero nunca hay nada que sea perfecto. Gracias.

Vaya.

—¿Por qué?

Me sonríe.

—A veces, para llevarnos a la perdición, los instrumentos de la oscuridad nos traen bollitos —masculla con la boca llena—. Pero no es que me esté quejando.

Se me viene una grosería a la cabeza, que musito entre dientes.

—¿Cómo lo has sabido?

—Venga ya —dice, en un tono no exento de simpatía—. Llevo sesenta y siete años de monje aquí. Reconozco a uno de los vuestros a la legua.

Agacho las orejas y suspiro.

—Que no te quite el sueño —añade. Es un hombre bajo de tez oscura, cabello blanco y ojos castaños claros—. En realidad, no lo haces mal, engañarías a la mayoría de los ceporros que se unen a la profesión hoy en día. —Le da otro pequeño mordisco al panecillo—. ¿Eras tú quien estaba en mi cabeza?

—Lo siento —reconozco mientras asiento con la cabeza.

—No, por favor, no te disculpes. —Se inclina un poco hacia delante—. Tengo que preguntártelo. ¿Era… real?

—¿Cómo?

—Lo que me mostraste. —En su voz hay cierta urgencia, un ligerísimo tono rosado de sangre en el agua—. ¿Era…?

—Mi recuerdo. Sí. Sin alteraciones ni cortes, que lo sepas.

—¿Real de verdad?

—¿Crees sinceramente que podría inventarme algo así? Además, para ese tipo de cosas existen reglas.

—¿Reglas?, ¿en serio?

—Un código de conducta. Conque sí, es un recuerdo auténtico. De antes de…

—Sí, claro. —Desea evitarme el bochorno, ¡qué majo!—. ¿Así que realmente existe un…?

—Sí.

—¡Ah! —Me mira, con los ojos brillantes—. ¿Y Él…?

—Existe, sí. —Una pausa—. Pensaba que lo sabías.

—Lo creía —dice en voz baja—, que no es lo mismo que saberlo. Hay una diferencia.

—Ya imagino. Vale. Y ahora lo sabes.

—Pero saber no es lo mismo que creer. —Frunce el ceño ligeramente—. Una tesitura bastante insólita, para alguien de mi profesión. Me refiero a lo de tener la absoluta certeza.

Eso me hace sonreír.

—Pero tú siempre has creído.

—Oh, sí, por supuesto. —Está diciendo la verdad—. Ni un instante de duda en setenta años.

—Y el saberlo… ¿lo estropea?

—No exactamente —responde tras pensarlo un instante—. Aunque cambia las cosas, sin duda.

—Pero a mejor.

—En conjunto, creo que sí… sí.

—Me alegro de haberte sido de ayuda.

Me mira.

—¿Te alegras?

—Él existe —afirmo con un encogimiento de hombros—. En el lugar del que vengo, tampoco es que eso sea un secreto de Estado. Sois vosotros los que lo complicáis todo.

—Ah, vaya, en ese caso, gracias.

—De nada. A fin de cuentas, a veces hay que ser amable para ser cruel. —Pausa—. Me da no sé qué mencionarlo, pero un detallito a cambio…

Me mira con severidad.

—No sé yo…

—Oh, venga ya. —Mi sonrisa más encantadora—. Tampoco estoy pidiéndote tanto. Un pronombre fuera de lugar o una consonante demasiado alargada, nada más; lo mínimo para hacer que el

bienaventurado Sigvat se atragante con su sorbete. Un descuido y la siguiente vez ya lo haces requetebién. Nadie se va a morir por eso.

—Hacer tratos con el…

—No es un trato, puesto que tú ya has sacado provecho, gratis, regalado, a cambio de nada —puntualizo—. Así que no existiría…

—¿Connivencia?

—Creo que el término correcto en la jerga legal es «contraprestación». No es un pacto. Tan solo un amable gesto de agradecimiento por tu parte. Llámalo cortesía profesional, entre veteranos.

—No sé… —Me mira.

Yo suspiro.

—Es uno de esos casos en los que el orden de los sucesos es de fundamental importancia. Si yo acudiera a ti y dijese «Si la cagas en el oficio de difuntos, a cambio (sí, a cambio) te mostraré el rostro del mismísimo Dios», entonces, sí, eso sería procesable y te habríamos pillado. Pero cuando no existe reciprocidad ni obligación…

—Existe la obligación moral.

—¿Obligación moral hacia uno de los míos? Venga ya, por favor…

—Sería un pecado —dice con una sonrisa.

—Cierto, pero perdonable.

—Si pecas con la intención de arrepentirte luego, el arrepentimiento no es válido.

—Se me ocurre una idea: yo rezaré por ti. ¿Qué te parece?

—Prueba uno de estos bollitos. Están riquísimos.

El que la sigue…

—Yo lo conocí. Estuve con él una vez.

—Perdona, ¿a quién?

—A Sigvat III. A ese cabroncete malnacido por el que te pasas la vida rezando.

—Ah, a él.

—Sí. ¿Te gustaría que te hablase de él?, ¿de algunas de las cosas que hizo?

—No demasiado, no.

—Tampoco me atrevería a decir que fuésemos lo que se dice íntimos, Sigvat y yo, pero lo conocía bastante bien —prosigo—. Muy bien. Profundamente, se podría decir.

—¡Ah!

—Estuve en su cabeza —continúo, aunque no me gusta hacer

sentir incómodo al hermano Eusebio—. En lo más profundo de su cabeza.

Eusebio asiente pausadamente.

—¿Cómo era?

—Como se suele decir: apartamento con todas las comodidades. Todo lo que yo podía desear ya estaba allí mismo, esperándome.

—Entiendo.

—Y ese es el hombre que, gracias a vuestra incansable intercesión, está cómodamente recostado en compañía de los afortunados elegidos. De hecho, me sorprende que eso sea lo que quiere. Gallina en corral ajeno, ya me entiendes… Debe de sentirse más solo que la una.

—Sí, ya lo dicen, si buscas buena compañía, mejor vete al infierno. —Tuerce el gesto—. Dotó de fondos al monasterio, que lleva mil años alimentando y vistiendo a hambrientos y sin techo, educando a hijos de pobres, curando a enfermos, preservando textos de las Escrituras…

—«El mal que hacen los hombres les sobrevive; el bien con frecuencia queda enterrado con sus huesos». Solo que en este caso es justo al contrario. Sí. Pero sería solo una brevísima interrupción. Sin secuelas permanentes.

Me mira fijamente. Yo le sostengo la mirada.

—No para él —dice.

Suspiro.

—De acuerdo. Tú ganas. Aunque no olvidemos que la ingratitud también es un pecado.

—Nadie es perfecto —responde con una sonrisa—. Si quieres, rezaré por ti.

—Gracias, pero tengo la impresión de que tus oraciones no son del nivel suficiente como para surtir efecto en mi caso. Lo digo sin ánimo de ofender.

—No me ofendes, tranquilo. Pero lo que cuenta es la intención.

—No, no es así.

No hay paz para los malvados, así que me descorporeizo y me arrastro de vuelta a la capilla, a fin de probar suerte con el hermano Hildebrando, del turno de día. El hermano Hildebrando fue mercenario durante veintiséis años antes de oír la llamada —fe firme como cemento, pero no inventará la pólvora, teológicamente hablando —. Por desgracia…

—Hola —saluda mi viejo compañero de armas—. ¿Qué haces

aquí?

—¿Farruquete?

—Habla bajo —dice Farruquete entre dientes, lo bastante fuerte para despertar a los vivos y a los muertos—. Te va a oír.

Huelga decir que Farruquete no es su auténtico nombre, sino solo un apodo. Lo llamo así porque le fastidia. Ninguno de los dos se acuerda ya de por qué le molesta tanto. Tiene justo mi misma edad, al nanosegundo, y nos hemos estado sacando de quicio mutuamente y atravesándonos en el camino del otro desde los orígenes del tiempo.

—Perdona —me disculpo—. No me había dado cuenta.

—No pasa nada. Tranquilo. Si dieciséis años de trabajo pausado y paciente se van a tomar viento y tempestades solo porque resulta que tú apareces gritando a pleno pulmón, ¿qué leches importa? Siempre puedo regresar a la casilla de salida y comenzar de nuevo.

Nunca me resultó demasiado simpático, ni siquiera antes de la Caída. Estoy casi seguro de que el sentimiento es mutuo.

—¿De veras llevas dieciséis años? —pregunto—. ¡Cielos! Si parece que fue ayer…

—Lárgate.

—Encantado —digo con sinceridad.

—

Dieciséis años, lo que en la profesión llamamos «misiones durmientes». Que da la casualidad de que era una de mis especialidades antes de volverme frágil. Por lo general, un durmiente es alguien que en una etapa muy temprana ha sido identificado como de utilidad para el Plan. Puede que su cerebro, su alma o su cuerpo posea unas cualidades concretas, o que su destino vaya a colocarlo justo en el lugar adecuado en el momento adecuado.

En una ocasión, justo antes de la guerra, pasé once años en la cabeza de una pobre viuda que vendía repollos detrás del Pobreza y Justicia, en el extremo de la calle Brook donde está el teatro. Ella no era nadie: no era ni la esposa de nadie, ni la hija de nadie, ni la madre de nadie, ni la inquilina de fiar o la valiosa empleada de nadie. Nadie la iba a echar jamás en falta ni se iba a fijar si empezaba a comportarse raro —o más raro de lo que la enajenada solía comportarse, pobrecita…—. Incluso si me descubrían, nadie iba a

pagar un dineral para que la aviaran, porque se trata de un trabajo del que debe encargarse un especialista altamente cualificado, cuyos servicios son caros. Todos la consideraban demasiado fea o demasiado tonta para que mereciera la pena aprovecharse de ella (en cierto modo, creo que no me gustaría ser humano; no parece que hayáis llegado a coger el tranquillo a lo de protegeros entre vosotros). Era un trasto inútil para todo el mundo, salvo para mí.

Once años, sin que en ningún momento ella sospechara mi presencia. Sin embargo, cierto día de junio de 1171 AUC, ella agarró un cuchillo, se lo escondió en la manga, se unió a la multitud en el exterior del templo del Capitel Dorado justo cuando el Gran Duque salía de misa y lo apuñaló tres veces en el cuello antes de que nadie pudiera detenerla. Algo que no habría hecho de no haber estado yo en las profundidades de su cabeza todo ese tiempo, retorciéndole la mente y hurgándole las heridas con sus recuerdos, alimentando con cariño su resentimiento y deformando su perspectiva hasta tal punto que lo que hizo ya era sencillamente inevitable. Y este fue, niños y niñas, el origen de la Primera Guerra Social (sesenta millones de muertos, si contamos las víctimas de la hambruna); la prueba, de ser necesaria alguna, de que los durmientes sí que funcionan, y me importa un bledo lo que los contables de División opinen sobre la utilización inadecuada de recursos.

Lo único que a lo mejor yo sí cuestionaría es utilizar a Farruquete en misiones durmientes, que requieren determinadas cualidades, entre las que destacan la paciencia, la determinación, la serenidad y la capacidad de improvisación… No me malinterpretéis, él es un buen agente, a su manera; no conozco a nadie mejor a la hora de despojar una vida de hasta el último rastro y vestigio de felicidad, colmar mentes de sombría desesperación, destruir la fe, hacer desvanecer la esperanza… Ese tipo de menesteres primordiales y básicos. Ahora bien, ¿refinamiento? ¡Dejaos de historias! El elefante en la cacharrería del dicho. Él es de esos que tropezarían con una piedra en mitad del desierto.

—Tienes toda la razón —reconoce el jefe de División cuando saco a colación el asunto—. Es un botarate y un patoso, con mármol macizo de cuello para arriba. El problema es: ¿a quién más tenemos ahora mismo?

Me mira. Yo desvío la mirada.

(¿He mencionado la ligera diferencia de opiniones sobre mi fragilidad entre Área y División? Área mantiene que estoy tocado del

ala y que jamás debería volver a trabajar en tareas de nivel tres o superior. División opina que he estado tocado del ala, pero que ya he tenido tiempo suficiente para recuperarme; y que, por otra parte, es a ellos a quienes les corresponde encontrar personal para todos los fantásticos planes que se le ocurren a Área, y el banco de talentos no es que sea exactamente infinito. Debo confesar que en este asunto estoy con Área. Ni que decir tiene que lo que yo piense al respecto no cuenta para nada).

—¿Se trata de algo sobre lo que yo necesite estar al corriente? —pregunto.

—¿Tú? Cielos, no. —Me mira como si acabase de morder una manzana en un huerto y me hubiera encontrado en su interior—. Esto es algo gordo, y todo el mundo sabe que a ti eso ya no te va.

Como quien oye llover y tronar.

—Lo único es que Farruquete tiene razón —señalo—. Yo podía haberlo echado todo a perder, meter el cuezo por no estar enterado de que se trataba de una misión durmiente. Si quieres que me retire del Tercer Cuerno, no tienes más que decírmelo y me marcharé a otro lado.

—Lo que quiero —dice con esa mirada de agobio que tan bien conozco— es que continúes con la misión que te fue asignada y que dejes en nuestras manos la planificación estratégica a largo plazo. Tú solo lleva cuidado con dónde plantificas tus enormes pezuñas, nada más.

—Nada me proporcionaría mayor placer —replico gravemente—, pero de poco sirve decir no pises las minas si no cuento con un mapa del campo minado.

Lo estoy haciendo a propósito y ambos lo sabemos. Yo solía tomarle el pelo cuando él no era más que un agente ejecutivo subalterno novato y yo su superior, antes de que me volviese frágil y a él lo ascendieran y le pusieran mi bonita gorra de jefe.

—Mantente alejado del hermano Hildebrando y no tendrás problemas —me advierte—. Hay dieciséis monjes más en su turno, molesta a alguno de los otros. Por cierto —añade, y me lanza lo que ingenuamente supone una mirada intimidadora—, ¿qué es todo eso de que andas repartiendo visiones beatíficas como si fueran caramelos? Sabes perfectamente que…

Señalo que ya le he hecho perder mucho más de su valioso tiempo del que merezco y me retiro educadamente, dejándolo descontento y de mal humor. Que conste que no es algo intencionado.

Tan solo la fuerza de la costumbre, supongo.

—

Algo importante que involucra a un durmiente, una misión de infiltración. Huelga decir que a nosotros no nos corresponde averiguar el motivo, pero las mentes curiosas quieren saber, y la mía es una mente curiosa. Ya me ha metido en problemas antes, y casi seguro que me volverá a meter. Qué le vamos a hacer.

Aquella noche, mientras hacía cosquillas a un tal hermano Florián en el filo de su conciencia con vagas imágenes de las extraordinarias maravillas del más allá, consideré lo que sabía sobre diversos asuntos: la situación política, los antecedentes del hermano Hildebrando, los últimos movimientos conocidos de varios jugadores clave de ambos bandos, uno o dos incidentes de mi propia experiencia… No diré que un patrón empezara a emerger, pero ciertas formas interesantes titilaron seductoramente en el menisco del vacío, hasta el punto de que, cuando salí bruscamente de mi ensimismamiento y miré en derredor, me hallaba solo en la capilla. Siempre hay un intervalo de unos diez minutos entre la salida de un turno y la entrada del siguiente, que permite a los sacristanes rellenar las lámparas y limpiar un poco el polvo.

Es solo un trabajo, nada más —un trabajo por el que no recibimos paga alguna, no, gracias, pero sí una bronca virulenta si las cosas no van exactamente de acuerdo con el plan—. Lo hacemos porque eso es lo que somos. Vosotros recibisteis el libre albedrío; a nosotros se nos asignaron nuestras respectivas funciones. Nosotros servimos. Servimos, luego existimos. Además (en teoría, al menos), en el servicio divino todas las funciones son igual de importantes, de arcángeles y querubines a tentadores y encargados de vaciar las letrinas. De cada cual según su capacidad, a cada uno… Bueno, no hay un «según sus», porque nosotros no necesitamos nada, salvo trabajo del que ocuparnos, que nos es proporcionado, y por el que debemos estar agradecidos.

De manera que, tras el Desafortunado Incidente, no se castigó a nadie, propiamente. ¡Dios nos libre! Misericordia y Perdón son Sus apellidos. Lo que ocurrió es que algunos de nosotros, que estábamos realizando trabajos de igual importancia, fuimos reasignados a otros

trabajos, también de igual importancia, de los que, por algún motivo incomprensible, a quienes habían elegido el bando correcto durante el Incidente no les apetecía demasiado ocuparse. Un pequeño ajuste en el gran esquema de las cosas, y la opinión general es que nosotros salimos bastante bien librados, dentro de lo que cabe.

Lo que sin duda es cierto. Aun así…

Incluso antes de ser oficialmente frágil, yo disfrutaba (y sigo disfrutando) con los muy esporádicos momentos de silencio, tranquilidad y paz. No son algo que acostumbre a encontrar en mi vida cotidiana. Cuando estoy trabajando —estaba, en la época prefrágil—, con frecuencia reina el silencio mientras andas de puntillas para no alertar al casero de tu presencia, pero la tranquilidad suele ser de la variedad pretormenta, y de la paz olvídate. Cuando te hallas en lo profundo de la mente del tipo de gente a la que por lo general nos envían a instalarnos… bueno, digamos que en mis buenos tiempos estuve en algunos lugares bastante macabros, y las paredes de casi todos eran de hueso. En sitios así, el interior es ruidoso, con todos esos sollozos y gritos, y las memorias horribles y vívidas reproducidas a máximo volumen una y otra vez. En tales condiciones no oyes ni tus propios pensamientos. La capilla del Tercer Cuerno es, en comparación, un paraíso terrenal.

Según todos los libros, el elemento más destacado de la capilla es el Gran Iconostasio. Doce metros de alto por seis de ancho, con un fondo de pan de oro que muda en una lámina de fuego cuando el sol del atardecer entra a raudales por el rosetón justo durante la primera estrofa del oficio de vísperas. Representa el Dolor de la Madre, lo que siempre se me ha antojado raro y un pelín de mal gusto, doctrinalmente hablando. El hermano Eusebio lo explica diciendo que, igual que los mortales humanos no pueden mirar directamente el sol sin dañarse los nervios ópticos, tampoco pueden dirigirse a Él cara a cara, directamente, sin arriesgarse a sufrir daños espirituales…

(—En otras palabras: te cegaría.

—Exacto —responde él con una sonrisa)

… así que buscan la intercesión de un intermediario de acuerdo con la cadena de mando debidamente establecida: sacerdotes, ángeles custodios, arcángeles, principados, potestades, virtudes, dominaciones, tronos, querubines, serafines, la Madre Santísima y, por último, el mismísimo jefe. Lo importante es seguir los conductos apropiados, que es bien sabido corren muy profundamente, y hacer las cosas como es debido, para que todo el mundo tenga claro cuál es su lugar y las

copias de los impresos terminen en las carpetas correctas.

No me vende la burra. Yo creo que se trata de algo intrínseco, parte de vuestra y nuestra herencia compartida. A lo largo de vuestra historia (y de la nuestra), nunca hemos acudido al rey, ni al gerente, ni al gobernador de la provincia, porque somos escoria y lo sabemos. No, en lugar de eso, nos gusta susurrar al oído de alguien al que a su vez el Gran Hombre presta oídos. Es bastante habitual que nuestro himno de súplica a nuestro prestatario de oídos cuente con un acompañamiento instrumental: el tintineo de monedas o el crujido de billetes nuevecitos, música dulce para encantar a la bestia salvaje. Es el mismo planteamiento que tan extremadamente bien le funcionó a Sigvat III. No merece la pena que un impresentable como yo pida nada, pero, seguro que Él sí que escuchará a su propia madre.

Un impresentable como yo. Adopto con discreción forma humana (mirad con atención y veréis una densa nube de minúsculas mosquitas apelotonadas; pero mejor no miréis con demasiada atención) y me arrodillo, mientras me digo a mí mismo que no pasa nada, que no es más que un cuadro, un cuadro de alguien que en realidad jamás existió, habida cuenta de que Él nunca tuvo madre. Yo debería saberlo, estaba allí una millonésima de segundo después, y, además, por supuesto que no estoy rezando, ¡válgame Dios!, tan solo estoy descansando. No estoy rezando porque rezar es básicamente pedir cosas, y yo no tengo nada que pedir. Pero de vez en cuando resulta agradable detenerse, tomar un respiro y fingir, durante una fugaz fracción de instante, que yo no soy yo.

Una sombra aparece entre la refulgente imagen dorada y yo. Miro por encima del hombro. ¡Maldita sea!

—Vas a verte en un buen lío —dice él con una sonrisa.

Hay una escena en una obra de teatro en la que el héroe se topa con el villano arrodillado ante un altar: «Esta es la ocasión propicia, ahora está rezando». El héroe de Saloninus resulta fascinante porque duda. Quien proyecta la sombra no es para nada así. En su caso, pensar es actuar; lo único es que rara vez piensa. Actúa sin más.

Yo puedo ser rápido cuando hace falta. Disuelvo las moléculas que he tomado prestadas para la forma humana que he adoptado,

dispersando la nube de moscas como en una explosión. Y me largo, en todas las direcciones a la vez, como el sonido; pero él es más rápido. Me agarra. Es más fuerte que yo. Me levanta en la mano y me embute en su oído.

—

Nos conocemos desde hace mucho, él y yo, desde antes de lo que me gusta recordar. Este es el asunto del que, si os acordáis, he dicho que prefería no hablar, pero aun así voy a hacerlo.

La primera vez que coincidí con él —cuando os hable de los viejos tiempos, salvo que indique lo contrario, «él» solo puede referirse a un determinado individuo por motivos que pronto comprenderéis—, yo tan solo estaba cumpliendo órdenes.

—Hay un niño —dice mi supervisor de distrito.

—Venga ya —digo yo—. Ya sabes lo que dicen sobre trabajar con niños y animales.

—Mala suerte —responde mi supervisor, al que no le caigo demasiado bien.

—Sé bueno y encárgaselo a otro.

—No puedo. —Niega con su metafórica cabeza—. Han pedido que fueras tú en concreto.

Eso no me lo esperaba.

—Bromeas.

Su edición de la gran tabla de piedra tiene «No bromearás» en el número cuatro.

—No me preguntes por qué. Yo no te elegiría a ti para nada si de mí dependiese, para nada que quisiera que se hiciese en condiciones. Pero ellos han estipulado que en este caso tenías que ser tú, y eso viene directamente de arriba.

¿Cómo es que no estoy dando botes de contento ante este inesperado voto de confianza?

—De acuerdo. Será mejor que me pongas al corriente de los detalles.

No era la primera vez que poseía a un nonato; a lo mejor fue por eso por lo que me asignaron el trabajo, porque no es el tipo de misión que se presenta todos los días y existen problemas técnicos. De suerte que un cierto grado de experiencia y pericia resulta útil. Es un trabajo

a largo plazo. Si entras tan pronto, no puedes volver a salir hasta que la criatura tiene al menos cinco años, no sin matarla; además, el sentido de introducirte antes de que el sujeto haya siquiera nacido es forjar un durmiente que sea un arma de primera clase, un infiltrado superior.

Bueno, tampoco es que yo tuviera nada mejor que hacer durante los siguientes veintitrés años, y seguro que era un trabajo tranquilo. Sin golpes ni gritos, sin tener que azuzar al sujeto para que se pusiera a pegar alaridos, se rompiese huesos o se mutilara… Mucho más en mi línea, porque, cuando estás diseñando y forjando un arma a largo plazo, quieres que esté bien equipada y sea versátil, eficiente y de alto rendimiento; por consiguiente, necesitas una mente culta y educada en un cuerpo fuerte y saludable, con don de gentes, oído para la música y una base sólida en ciencias y artes, en teología y religión, y en todo lo demás que una persona podría necesitar para llevar a cabo una misión importante, cuyos detalles serán anunciados más adelante, pero que podrían implicar absolutamente cualquier cosa; conque mejor estar preparado. Es decir, mi obligación era lograr convertir al sujeto en algo que fuese lo más parecido posible al humano perfecto; al superhombre salonino; a un compendio de todas las cualidades, habilidades y virtudes; en el arma ideal…

Grandes pilas humeantes de ambigüedad por doquier, en efecto, porque la educación y formación que recibiría de mí serían prácticamente idénticas a las de quienes estuvieran en cola para llegar a santo. Pero esto es lo que tienen las herramientas, instrumentos y armas: son neutros. Los fabrica un artesano diestro, y luego los entrega a sujetos como vosotros o yo, que los empleamos para hacer cosas, malvadas o bondadosas, dependiendo de en qué lado resultemos estar. La dicotomía malvado-bondadoso es, por descontado, una cuestión política que queda muy por encima de alguien de mi nivel. Yo solo obedezco órdenes. Mientras tanto, se me ofrece la oportunidad de convertirme en un artesano diestro, un trabajo con el que me siento más como el metafórico pez en la metafórica agua que con los que acostumbran a asignarme… o endilgarme. En cuanto a este asunto de los lados, la mejor descripción de la Divina Esencia es una esfera perfecta, esto es, una entidad geométrica carente de lados. Tan solo distintos trabajos que alguien debe ejecutar, todos de igual importancia.

Así que entro, al final de la semana décima, que es cuando la actividad cerebral acaba de empezar; el tejado está terminado y la

pintura ya lo bastante seca como para tocarla sin mancharte, pero, por lo que respecta a todo lo demás, posesión sin amueblar, por así decir. Al menos, así es como debería ser, y médica y biológicamente es inconcebible que pueda ser de otro modo. Ya he hecho este tipo de trabajo antes. Sé qué cabe esperar.

La directriz primordial de nuestra orden y Regla Número Uno: «Lo primero, no hacer daño». Por cierto, si os suena ligeramente familiar, no me sorprende. Vosotros nos la robasteis largo tiempo atrás. Pero nosotros, los demonios, formulamos nuestro código de conducta cuando los antepasados de vuestros doctores humanos aún estaban despiojándose el pelaje entre ellos.

Lo primero, no hacer daño: de modo que me deslizo despacio y con infinitas precauciones por las capas externas de la mente del infante nonato, como un marido considerado acostándose con cuidado en la cama junto a su esposa dormida. En este contexto, no hacer daño significa no permitir que el sujeto sepa que ha sido tomado. Para vosotros es algo terriblemente traumático, saber que estáis poseídos. Os aterra y la intrusión os resulta insoportable —pensad en lo molesto que es un granito de arenilla en el ojo, y luego tened en cuenta lo infinitamente más sensible que es la mente y todo el daño que os podríais hacer al frotarla—. Pero todos vuestros instintos claman por que peléis, y vosotros no sabéis que en realidad no podéis luchar contra nosotros. De verdad, no lo intentéis. Cuantas más patadas y puñetazos propinéis, más magullados y descalabrados vais a terminar; pero, como es natural, a nosotros no podéis tocarnos. No estamos ahí, de acuerdo con vuestros criterios. Somos espirituales, esencia, no corpóreos; no somos insustanciales, sino que estamos compuestos de una especie de sustancia que vosotros jamás podréis llegar siquiera a empezar a comprender. Y si os suena condescendiente, es que no lo habéis entendido. De verdad que no os conviene estar en una posición en la que podáis empezar a entendernos, a nosotros.

La imagen que siempre utilizo para describir esa primera fase es la de un ama de casa que vierte una cucharada de cuajo en un enorme cuenco de leche fresca. Así es como empieza mi existencia, por explicarlo de una manera que a lo mejor, y perdonad el juego de palabras, sí que os puede entrar en la cabeza. Yo me *coagulo* de la insustancialidad en sustancialidad. Y lo que coagulo, por cierto, es vuestro cerebro, pero yo no soy en absoluto esa masa resultante. Mi encarnación no son los nódulos y mucosidad de esa cuajada asquerosa que se ha formado de repente en el interior de vuestra cabeza. Eso

sigue siendo tan solo proteínas, grasas y hemoglobina, los elementos de los que vosotros estáis hechos. No, yo soy… el proceso, si es que eso tiene algún sentido para vosotros. Cuando entro en la cabeza de uno de los vuestros, catalizo, desencadeno cambios. En términos de la doctrina ortodoxa trinitaria, ahora somos tres personas en una: él, yo y nosotros. O, por pasar de una metáfora de andar por casa a otra, su cerebro son unas gachas amorfas y yo soy la levadura. Soy yo quien hace que las cosas resulten interesantes.

Despacito y buena letra. Voy filtrándome por su conciencia lentamente, como el agua por la piedra caliza, con vistas a formar estalactitas a mi propia imagen, cuando disponga de cinco minutos.

Entonces lo veo. Ni por asomo debería haber todavía ningún *él* que yo pudiera ver. Él también me ve. ¿Quién eres?, pregunta, ¿y qué demonios te crees que estás haciendo aquí?

El código de conducta dice así: «Tras haber efectuado una entrada legítima, un agente no abandonará su puesto salvo cuando un compañero lo releve, un superior le ordene evacuar o un agente debidamente autorizado del enemigo lo expulse». La deserción es un asunto muy grave, una infracción sometida a consejo de guerra, y, si eres declarado culpable, el castigo es nada de nada, porque ¿qué pueden hacerle a alguien como yo?, ¿romperme la espada y arrancarme los botones? Eso ya lo hicieron. ¿Degradarme y empezar a encargarme trabajillos de nada? Sí, por favor.

Así que retrocedo hacia la boca de la trompa de Eustaquio, mi opción favorita para una huida apresurada. Él es más rápido que yo y mucho más fuerte. Alarga la mano y me agarra. Es totalmente cierto que no se nos puede matar, ni siquiera herir, porque somos inmutables y no podemos sufrir ningún tipo de cambio por toda la eternidad. Pero podemos sentir dolor. Y vaya que sí. Me rodea la cabeza con los dedos, con los pulgares en mis oídos, y aprieta. Yo siento dolor. Muchísimo.

Cuando ha terminado de estrujarme, me suelta.

—Eres uno de ellos —dice.

Me lo quedo mirando. Había dado por hecho que era uno de nosotros. Su aspecto… pero no puedes juzgar por las apariencias, no cuando estás tratando con seres incorpóreos. Él suena y actúa como uno de los nuestros, pero, por lo visto, no lo es.

—¿Quién eres? —logro preguntar a duras penas.

—¿Yo? Yo vivo aquí.

Pues qué bien.

Estamos nosotros y están ellos. A estas alturas ya sabéis quiénes somos nosotros. Ellos son nuestros adversarios: agentes debidamente autorizados del Servicio Conjunto, cuyo trabajo es expulsarnos de mentes y cuerpos de mortales humanos mediante conminaciones, el poder con el que se les ha investido, etcétera. No los llaméis exorcistas. No les gusta y, por lo general, no son el tipo de persona al que os conviene enfadar.

En cierto sentido, su organización es similar a la nuestra. En otros aspectos, ellos no podrían ser más distintos. Para empezar, todos trabajan por cuenta propia. Una vez obtienen título y licencia, se lanzan al mundo y practican su vocación a cambio de dinero, por lo general, de cantidades ingentes de dinero. No son muchos —no es algo que puedas decidir hacer, así sin más, tienes que nacer para ello, con el talento, un gen extremadamente raro, una mutación, no es un rasgo que te venga de familia, como el cabello pelirrojo—, de suerte que la demanda de sus servicios siempre supera la oferta y, por el principio universal de la supervivencia de los más ricos, ellos tienden a dirigir sus esfuerzos hacia las víctimas de posesiones de los tramos de ingresos más altos. Por eso, cuando se camina por la calle, los chalados que se ven echando espumarajos por la boca y hablando a personas inexistentes suelen estar flacos e ir mal vestidos.

Acabo de decir que nacen con ese talento. Este asunto acostumbraba a suscitar las suficientes preguntas interesantes como para dedicarle un simposio entero: cuándo se manifiesta realmente el talento y demás. Yo puedo reclamar el honor de haber sido quien ha aclarado esta cuestión de una vez por todas. En algunos casos, en concreto cuando es más excepcional, se manifiesta en algún momento antes del final de la semana décima.

—Eres uno de ellos —repite.

Sus puñetazos me han dejado sin ninguno de mis metafóricos dientes. Como no son más que dientes metafóricos, me las apaño para hablar, por los pelos.

—¿Cómo lo sabes?

Me golpea. Luego salta sobre mis metafóricas costillas rotas.

—¿Cómo lo sabes? —insisto, casi sin aliento (una de las metafóricas costillas rotas ha perforado mi metafórico pulmón).

Él se encoge de hombros.

—No sé.

—¿Te lo ha dicho alguien?

—Puede. —Se plantifica sobre mi metafórica tráquea—. ¿Por qué no te has ido?

—¿Te refieres a por qué no estoy muerto?

—¿Qué es estar muerto?

¡Válgame Dios! Se lo explico.

—Ah —dice él.

—No estoy muerto porque no se nos puede matar, solo hacernos daño, mucho.

—Eres malo.

—¿Qué mal te he hecho yo a ti?

—Eres malo. Todos vosotros sois malos.

—Si tú lo dices... ¿Cómo sabes…?

—Todo el mundo lo sabe.

Asiento con mi metafórica cabeza, lo que tiene su mérito con mi metafórico cuello roto en dos puntos.

—Bueno, ha sido un placer conocerte y siento haberte molestado, y creo que ahora me voy a marchar.

Apoyo mis metafóricos y destrozados pies y empiezo a tratar de incorporarme. Él me derriba con otra patada.

—No, no te vas a marchar. Todavía no he terminado contigo.

—¿En serio?

—Eres malo. ¡Eres el enemigo! Al demonio no dejarás que viva.

Cierro mis metafóricos ojos solo durante un instante.

—En primer lugar, creo que si lo compruebas verás que el mandamiento menciona a las brujas, no a los demonios. En segundo lugar, nosotros no podemos morir.

—Eso es lo que dices tú, pero no te creo. —Me observa con desconfianza—. Eres malo. La gente mala cuenta mentiras.

Bien, con respecto al dolor. Para vosotros, es algo útil y positivo. Os avisa cuando os pasa algo. Hay que admitir que es un poco inocente creer que una vez estás al tanto del problema siempre vas a poder solucionarlo, así que a lo mejor es un sistema al que no le vendría mal un ligero retoque, y es de suponer que así traten de hacerlo en el Mark 2, que tengo entendido está previsto lanzar en cualquier momento, aunque por algún motivo yo voy a esperarlo sentado. Para nosotros, el dolor es un mecanismo de control. Si en tu organización cuentas con un gran número de entidades inmortales e invulnerables de lealtad dudosa, necesitas un modo de obligarles a

hacer lo que se les ordena, o, al menos, esa es la teoría. No hace falta mencionar que ellos no han entendido nada. Nosotros no somos traidores ni jamás podríamos serlo. Nosotros somos la leal oposición a Su Divina Majestad, y a lealtad no hay quien nos gane. No obstante, venimos equipados con un despliegue de terminaciones nerviosas metafóricas muy delicadas y sensibles, y con un umbral del dolor tan bajo que casi es subterráneo. Esto significa que el enemigo, los Suyos, jamás tienen problema alguno para conseguir que nos vayamos cuando entregan la notificación de desalojo. La mera amenaza de lo que son capaces de hacernos sentir basta para que nos larguemos más rápidos que una flecha…

—Por favor, para —le suplico—. Duele.

—¿Y qué? Eres malo. Eres uno de ellos.

—Sí, pero me he rendido. Lo dejo. Me marcharé pacíficamente.

Estoy colgando de su puño por mi metafórico pelo.

—Me da igual. Voy a hacerte un poco más de daño. Te está bien empleado por ser malo.

—Hacer daño innecesariamente está mal —señalo—. Incluso a la gente mala. Y si haces algo que está mal, entonces tú también eres malo.

—¿Innecesiamen…?

—Cuando no tienes por qué hacerlo.

—Yo tengo que hacer daño a la gente mala —afirma—. Es mi obligación.

Su espíritu se muestra de lo más entusiasta, pero, al cabo, su carne nonata se cansa. Agotado tras el trabajo duro y honrado, para y echa una cabezadita. Con gran cuidado, abro sus metafóricos dedos y salgo de entre ellos. Hora de marcharse.

Cuando ya estoy a medio camino del agujero de la oreja, paro y lo pienso. ¿Os acordáis de lo que os dije sobre las posesiones infantiles? Una vez dentro, no puedes salir hasta que tienen al menos cinco años, no, salvo que quieras matarlos.

¿Quiero matar a este monstruito? ¿Necesitáis pregun-tármelo?

Pero no puedo. La directriz primordial de nuestra orden, Regla Número Uno: «Lo primero, no hacer daño».

(En realidad, existen dos escuelas de pensamiento al respecto. Una de las facciones de eruditos cuestiona la interpretación tradicional del manuscrito por considerar que se trata de un caso de corrupción textual. Según ellos, lo que debería decir es: «*De primeras*, no hacer daño». Esperas un poco, te instalas cómodamente y luego te remangas

y la emprendes a golpes con el atizador. Se trata de una interpretación por completo válida si aceptas la enmienda en el texto, y las pruebas filológicas no son concluyentes; es una cuestión de gusto personal, básicamente. Por desgracia, yo escogí hace mucho tiempo. Para mí dice «lo primero», no «de primeras»).

Sí, me exhorto, pero contempla a este monstruo y pregúntate: ¿cómo sería el mundo un lugar mejor, con él o sin él? A lo que me respondo de la única manera posible: no es a mí a quien corresponde decidirlo. Hasta donde yo sé, el Plan tiene cosas importantes esperando a que el pequeño capullo las lleve a cabo. Nadie, y mucho menos un humilde agente de campo como yo, tiene derecho a ir haciendo el tonto con la urdimbre del gran tapiz. La toma de decisiones de tal calibre debe dejarse a las autoridades competentes, que están en el cuarto piso, por cierto, en el segundo nivel, pasado el dispensador de agua del Departamento Regulador de Caídas de Gorriones: un equipo trabajador, volcado con pasión en su tarea, que te calentarán bien las orejas si les fastidias algo. Además, me digo, solo es un niño; no sabe lo que hace. Lo que necesita es alguien que lo enderece, le explique las cosas, le enseñe la diferencia entre bien y mal. Sin duda sería bastante irónico que esa persona resultara ser yo, pero no importa. Se supone que alguien en algún lugar sabe lo que Él se trae entre manos. Mientras tanto, Regla Número Dos: «No cuestionarás las decisiones del cuarto piso».

—Vas a verte en un buen lío —me advierte él.

Me había quitado las palabras de la boca, aunque, justo en ese momento, mi metafórica boca estaba llena de sangre y de metafóricos dientes sueltos, que escupí al suelo de su mente. Es curioso que lo primero que haga siempre sea dejarme de un puñetazo sin mis metafóricos dientes. La fuerza de la costumbre, supongo.

—Rezando —prosigue, con voz eufórica de alegría—. Eso es un acto blasfemo. Arderás en el infierno.

—No, para nada —replico un tanto harto—. Y no estaba rezando. Solo estaba admirando una obra de arte.

—Arrodillado.

—Así se aprecia mejor la técnica de las pinceladas.

—Te he visto mover los labios.

—Tú no has visto eso. No eran labios, eran moscardas. Y no estaba rezando.

A estas alturas, yo ya debería ser capaz de anticipar sus movimientos. Pero no, me agacho hacia la izquierda y me topo con su metafórica bota a mitad de camino.

—Tú eres el que estás en un lío —digo entre jadeos.

—¿No me digas? ¿Cuáles serían tus argumentos?

—Ataque sin mediar provocación. Uso excesivo de la fuerza. Ni siquiera estaba dentro de nadie. ¡Me has secuestrado!

—Estabas entregado a un terrible acto sacrílego. Yo he hecho uso de mis facultades discrecionales, de acuerdo con la sección 6, y te he recluido para evitar que continuaras profanando un lugar sagrado y oficialmente protegido. —Plantifica su metafórico pie sobre mi metafórico oído—. Y ahora estoy haciendo uso de mis facultades discrecionales, de acuerdo con la sección 6a, y aplicando medidas preventivas para evitar que te resistas al arresto. Rezando, ¡válgame Dios! Deberías avergonzarte de ti mismo.

—Si confieso que estaba rezando, ¿dejarás de hacerme daño?

—No.

—Vale, no estaba rezando.

Estar de nuevo dentro de su cabeza me trae recuerdos, no especialmente agradables. Estuve ahí durante diecisiete años. Fue un crío al que le costó madurar.

—¿Por qué haces esto? —pregunto tras un rato bastante largo de más de lo mismo.

—Porque eres malo.

—Haciendo esto no vas a conseguir que me vuelva mejor —señalo.

—¡Invadiste y ocupaste mi cuerpo durante nada menos que diecisiete años! —me grita—. ¡Desde antes de que naciera!

—Y todo ese tiempo estuviste bien ocupado en zurrarme.

—Eso no es un atenuante.

Entonces sucede algo maravilloso. Al principio, no estoy del todo seguro de qué está pasando. Siento sobre mí una mano conminativa, pero no es la de él… es más delicada, aunque firme e insistente. Él no se ha percatado, está demasiado ocupado pisoteando mis metafóricos dedos. Entonces ambos lo oímos: una voz atiplada y añosa que recita la fórmula oficial del exorcismo, aunque no se le debe llamar así.

«Te conmino a marcharte —entona la voz—. Abandona este

cuerpo y regresa al inmundo lugar del que viniste. Yo te lo ordeno, en nombre de la luz, retorna a la oscuridad…».

Salgo de allí a espetaperros. Él me grita y trata de agarrar mis metafóricos pies, pero las palabras mágicas están cumpliendo su función y además a las mil maravillas. Noto un olorcillo a incienso y cera quemada, lo que significa que estoy fuera, libre como el viento. Mientras me *descoagulo* y me desvanezco con satisfacción en el aire, lo último que veo es el rostro hermoso y amable del hermano Eusebio, que me sonríe como si estuviese bendiciéndome.

—No tiene importancia —dice él más tarde—. A fin de cuentas, te debía una.

—No te traerá problemas, ¿verdad? —le pregunto mientras le paso los bollitos con sésamo.

—¿Expulsar a un demonio de un pobre peregrino trastornado? Lo dudo mucho. La última vez que lo vi, estaba gritando algo sobre presentar una queja oficial, pero no creo que nadie lo tome en serio. Aquí nos llegan muchas desventuradas almas que no están del todo bien de la cabeza.

—Gracias.

—De nada. —Me mira—. ¿Por qué estaba haciendo eso?

—Es una historia larga.

—Tengo tiempo de sobra.

Así que le cuento la verdad, pero no toda la verdad.

—Diecisiete años —dice—. Su actitud es comprensible.

—Comprensible… —repito, y le lanzo una mirada asesina.

—Sí, claro. —Asiente—. Yo te tuve en la cabeza solo unos pocos segundos, y además estaba demasiado ocupado contemplando… bueno, lo que me mostraste, para prestar demasiada atención a nada más. Pero, no te ofendas…

—Tranquilo.

—No fue agradable. Era como un picor donde no alcanzas a rascar, mezclado con una sensación que soy incapaz de describir…

—Perturbadora.

Él asiente de nuevo.

—Como si supiera que había algo que estaba terriblemente mal.

Como tocar una babosa o un cadáver.

—Pues tuviste suerte. Para la mayoría de la gente es como si la salpicaran con ácido o mercurio. Y el cerebro es la parte más sensible del cuerpo. Con más terminaciones nerviosas que cualquier otra.

Él trata por todos los medios de disimular la repugnancia.

—Te perdono —declara por fin.

—Gracias —respondo solemnemente—. Estás luchando una batalla perdida, pero es un detalle por tu parte.

—Así que comprendo la actitud del hombre —prosigue—. Tenerte en la cabeza durante diecisiete años…

—Ya lo creo.

—Incluso aunque pasara la mayor parte del tiempo zurrándote la badana, no puede haber sido agradable para él. Comprendo que pueda sentir rencor. Es la diferencia entre victoria y perdón. Toda su infancia la pasó tratando de rascarse un picor insoportable. —Me dirige una leve sonrisa—. Para el picor debe de ser horrible, tener unas uñas clavadas en él, pero es raro que inspire demasiada lástima. Seguro que entiendes por qué.

—Salvo a ti.

—Bueno, ese es mi trabajo.

Me pongo de pie. La campana está tocando a completas. La llamada del deber.

—En cualquier caso, gracias —replico.

—Ya te he dicho que te debía una.

Mi turno de asentir con la cabeza.

—Cierto —admito—, pero yo te hice un favor para tratar de tentarte a pecar. Que me calaras como un chaparrón es algo secundario. Mientras que tú…

—Por supuesto —me sonríe amablemente—, pero resulta que yo soy muchísimo mejor persona que tú.

—Así es, ni que decir tiene —reconozco, y me alejo caminando.

Cubro las apariencias, pero es difícil concentrarte cuando estás mirando por encima de tu metafórico hombro todo el tiempo. Saber que él estaba ahí en algún lugar, en pos de mí, siguiendo mi rastro como un depredador, hace que perturbar el descanso eterno de Sigvat

III parezca incluso más inútil de lo habitual, y los hermanos Fidelio, Beno y Amílcar no tienen problema alguno en no darse por enterados de mi presencia y continuar con sus oraciones como si nada. Dicho de otro modo, mi trabajo no está a mi exigente nivel habitual, y, a mitad de laudes, recibo una impertinente nota de División diciéndome que deje de tocarme mis metafóricos huevos. Justo lo que necesitaba para animarme.

—Me da la impresión de que es probable que no nos hayamos dado cuenta de hasta qué extremo eres frágil —dice División, mirándome con cara de pocos amigos—. A lo mejor es el momento de retirarte por completo del trabajo de campo. Una temporadita en la sede central encargándote de papeleo sencillo y cómodo…

—Estoy bien —aseguro con un estremecimiento—. De verdad.

Él mira el informe que tiene en la mesa.

—Aquí dice que te pillaron rezando y que luego tuviste que ser rescatado por un monje. Lo que no inspira demasiada confianza, ¿verdad? —Me honra con una horrible sonrisa—. No, en mi opinión, lo que necesitas es la oportunidad de alejarte del mundanal ruido una temporada, reponerte ocupándote de trabajitos relajados y sin complicaciones, pero igualmente importantes, en los que no puedas fastidiar nada. —Su mirada de pocos amigos se ensombrece—. Voy a ser sincero contigo. Durante estos años hemos tenido bastante manga ancha contigo, por lo que, bueno, ya sabes, pero esto no puede continuar así eternamente. Por una parte, tengo que pensar en el buen nombre de nuestro departamento. Como es natural, un compañero que ha resultado damnificado en un acto de servicio cuenta con todas mis simpatías, pero, lo creas o no, tengo otras cosas que hacer además de explicar a Observancia por qué uno de los míos siente la necesidad de buscar la intercesión de la Madre Santísima. Preséntate mañana en el séptimo piso, a las seis en punto de la mañana. Ellos te dirán qué tienes que hacer. Y mantente alejado del Tercer Cuerno, ¿entendido?

—¿Por qué?

—Tu repentina atracción fatal hacia obras maestras del arte sacro —dice desabridamente—. Está claro que algunos de nosotros necesitamos una ayudita para evitar caer en la tentación.

Desde luego que no existe un séptimo piso. En su lugar, hay una variación del tema de la existencia en la que un débil recuerdo de lo que yo era antes, más una caricatura que otra cosa, sale y entra de un estado de conciencia parcial que se prolonga justo lo suficiente para preparar listas de turnos y extractar informes de resultados mensuales. Lo único importante es la eficiencia, te dicen. En realidad, para llevar a cabo tareas administrativas rutinarias, no necesitas ni recuerdos ni personalidad ni identidad; de hecho, estás mejor sin ellos. Sin distracciones. Tan solo el trabajo que tienes entre manos y el mínimo justo de funcionalidad necesario para ejecutarlo. Ahora entenderéis nuestras risitas disimuladas con la mano cuando miramos vuestros cuadros y frescos del Infierno. ¿Así es como concebís la condenación eterna?, ¿fuego y azufre? Los humanos mortales no tenéis ni la más remota idea.

Reponerte, había dicho él. Pues qué bien.

Cuando te limitas a las funciones meramente esenciales durante una temporada, corres el riesgo de atrofiarte. Lo que no se usa se termina perdiendo. De hecho, entiendo por qué tantos de mis colegas terminan presentándose voluntarios para puestos administrativos. Lo primero que desaparece son los recuerdos, y creo que puedo afirmar sin temor a equivocarme que todos los que apoyamos el bando equivocado durante el Desafortunado Incidente tenemos cosas que quisiéramos olvidar: fundamentalmente, todo lo que sucedió entre la primera sílaba de la Palabra y… ¿qué día es hoy? Preferiríamos no acordarnos de los sucesos posteriores al Incidente porque todos son horribles, y de los anteriores porque nos recuerdan —perdón, esta palabra es demasiado débil—, nos restriegan por las narices hasta dejárnoslas en carne viva lo que hemos perdido. Un trabajo administrativo es lo más cercano a la muerte a lo que cualquiera de nosotros puede aspirar: el olvido, el tranquilo sueño sin sueños del empleado sedentario.

Mi problema es que, a pesar de todo, me gusta bastante estar vivo. Un sabio, probablemente Saloninus, dijo en una ocasión que el latir del corazón y el respirar de los pulmones son una útil ficción, al mantener todas las opciones abiertas. Mientras hay vida, al menos hay

el estar aquí, aunque aquí sea un montón de mierda. No estar aquí, incluso en un montón de mierda, no es nada de nada.

Por otro lado, mientras yo continuase en este estado lamentable, no corría peligro alguno. Él no podía llegar hasta mí, porque no había nada a lo que llegar, y no podía encontrarme, porque no había nada que encontrar. Incluso lo que ya me había hecho, había quedado neutralizado, porque yo no lo recordaba. ¿Soy patético? Vale, sí. No voy a aducir ninguna excusa. Tan solo me alegraba de estar a salvo una temporada.

Así que aquí estoy yo, cotejando cifras de los informes mensuales, cuando de pronto es como si se abriera una puerta en una habitación oscura y la luz penetrase como un rayo. Me siento como una lámpara que acaba de ser encendida: rebosante de repentina vida, pero ardiendo.

—Hola —dice División, y me dirige esa mirada suya—. Se me ha ocurrido pasar a ver cómo andas. ¿Te encuentras bien?

—No demasiado mal —farfullo.

—Estupendo. ¿Ya no tan frágil?

—¿Yo? Yo soy fuerte como un roble, tú ya lo sabes.

—Genial, porque tengo un trabajo para ti.

—¿Igual de importante?

—Exactamente igual, por supuesto.

Todo afluye de vuelta a mi mente —quién soy, qué era, qué soy ahora, el Desafortunado Incidente, ¡él!, todo— y me encuentro en un lugar que conozco bien, aunque no lo haya pisado desde hace siglos.

—Desde aquí —dice División mientras abarca el panorama con un vago movimiento del brazo—, se supone que se divisan todos los reinos de la tierra. Los días despejados —puntualiza, y frunce el ceño ligeramente—. Aquello de allí debe de ser Perimadeia —añade, señalando Bos Sirene—. La última vez que estuve aquí, todos eran reinos de verdad, desde luego. Ahora, la mayoría son repúblicas y dictaduras militares.

Yo tengo un ligero problemilla con las alturas, pero, ¡rediós!, no se lo contéis a nadie.

—Impresionante —exclamo—. ¿Podemos bajar ya?

—Te he traído aquí —continúa él— porque creo que en nuestro trabajo es muy importante no perder la perspectiva. ¿No estás de acuerdo?

—En cierto sentido.

—Perspectiva. —Llena sus metafóricos pulmones con aire limpio

y fresco—. Aquí arriba, se aprecia lo que de verdad importa.

Sí, por supuesto: regresar al nivel del mar lo antes posible.

—Sin duda. Oye, ¿tenías que decirme algo en concreto? Es que sé lo ocupado que estás.

Se vuelve hacia mí.

—Últimamente has pasado por una mala racha, ambos lo sabemos. He estado pensando si no sería mejor que te trasladáramos a Administración a tiempo completo. Al menos para el futuro inmediato.

Él existe fuera de la línea temporal secuencial, de suerte que, en su caso, todo el futuro es inmediato.

—Es un detalle por tu parte, pero, en fin, de cara a recuperar el equilibrio en mi vida, preferiría que no.

La palabra «equilibrio» tiene un desagradable efecto en mi metafórico oído interno y me tambaleo de manera alarmante. Él agarra mi metafórico brazo.

—Tranquilo —dice con una amable sonrisa—. Incluso si te despeñaras y precipitases de cabeza, un destacamento de demonios se apresuraría a detener tu caída. Está incluido en el servicio.

—Me alegro de saberlo, pero no quiero ser una molestia para nadie.

Me suelta y se gira para admirar el panorama.

—Qué brisa tan agradable… —comenta—. Me encanta este lugar. ¿Te apetece comer algo?

—No, gracias.

—No tienes más que pedirlo.

—Ahora mismo, no.

—Como quieras. —Coge una piedra, la transforma en una trufa, la olisquea y se la guarda en un metafórico bolsillo—. Necesitamos que te encargues de un trabajo.

—Creo que ya lo has mencionado antes.

—No es… —titubea—. No es un trabajo agradable.

—Por algún motivo, ya me olía que no lo iba a ser.

—Es de igual importancia, sin lugar a dudas. Pero no va a ser divertido.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunto con un suspiro.

—Por eso quiero dejar bien claro que no estás obligado a aceptar —prosigue él—. Si la idea no te atrae, solo tienes que decirlo y agilizaré todos los trámites para que te asignen de inmediato un puesto administrativo definitivo. Nuestros empleados son lo primero para nosotros, como bien sabes.

¡Quítate de delante, División!, digo para mí mismo. Aunque, pensándolo bien, no: mejor delante que detrás. Decididamente no es el tipo de persona que quisieras tener detrás, sobre todo cuando estás en la cima de una montaña.

—Ya me conoces —digo—. Trabajador como un castor. Tú limítate a decirme qué quieres que haga.

—Así me gusta. —Me sonríe—. Bueno, este exorcista lunático que siempre anda molestándote…

A lo lejos, veo resplandecer la cúpula dorada del Tercer Cuerno bajo la luz del sol. Ahora mismo, a juzgar por la posición del astro, estarán tocando las campanas para la nona.

—¿Qué pasa con él?

—Todo esto es un tanto complicado, además de confidencial, y hay ciertos detalles que preferiría no contarte ahora mismo, porque de lo contrario tendría que matarte. —Se ríe. Humor típico de nuestro departamento—. Vayamos al grano, este tipo y tú tenéis lo que podríamos llamar una relación especial, ¿verdad?

Inspiro profundamente. Es como tratar de inhalar requesón.

—Se podría decir que sí.

—DirTacGen piensa que eso es algo a lo que podemos sacar provecho, para determinadas operaciones. No te aburriré con los detalles, pero se trata de una parte importante y valiosa del Plan. Lo que necesitamos —continúa, con la mirada clavada en los nubarrones bajos que en esos momentos nos impiden contemplar todos los reinos de la tierra— es una gran zona gris, no sé si me entiendes. Una especie de tierra de nadie moral.

—Algo que siempre viene bien tener a mano. Perdona, pero me tienes bastante perdido.

—Necesitamos difuminar las fronteras un poco. —Parece estar teniendo problemillas para dar con las palabras adecuadas—. Creo que en nuestra profesión a veces somos un poco demasiado cuadriculados en nuestros planteamientos. Ellos y nosotros, ya sabes, blanco y negro…

—Bien y mal.

Me mira con exasperación.

—Sí, estamos en bandos contrarios. Pero bandos contrarios que trabajan con el mismo objetivo. Es como una pirámide.

—¿Ah, sí?

—Exactamente como una pirámide. En la base, hay dos pares de lados opuestos, enfrentados, en un impasse, nosotros contra ellos. Para

cuando llegamos arriba, ya no hay lados, solo un punto. Así es como nosotros vemos el Plan. Y los dos pares de lados opuestos sostienen el punto, son la base sólida de la que depende. Su oposición mutua posibilita la reunión definitiva y la unidad. En cualquier caso, ¿no fue Saloninus quien dijo «Aquello que se hace por amor está más allá del bien y del mal»?

—Él era mortal —señalo—. Y siempre he pensado que es uno de esos dichos que suenan la mar de bien hasta que te detienes a ponderar su significado.

Me sonríe con frialdad. Él es mi pastor y yo una oveja de su rebaño, pero eso no quiere decir que no le esté hinchando las narices.

—A veces tenemos que olvidar nuestras diferencias y ver lo que en realidad estamos tratando de conseguir. Y, a veces, no podemos conseguirlo salvo que dejemos temporalmente a un lado esas diferencias.

Me lo quedo mirando.

—¿Te refieres a colaborar?

—No, no me refiero a colaborar —responde con brusquedad y, durante un instante, no puedo evitar acordarme de que estamos lejísimos del suelo—. Estás tergiversando mis palabras, lo que para nada simplifica las cosas. —Se interrumpe, respira hondo y prosigue —: Piénsalo con calma y lógica. A la postre, ¿qué es un conflicto?

—¿Cómo?

—Un conflicto —repite—. Todos sabemos que una pelea es cosa de dos. Un conflicto es una situación en la que dos grupos se reúnen para solucionar sus diferencias mediante la lucha, con vistas a llegar a una solución definitiva. Es un acto de cooperación voluntario cuyo objetivo es alcanzar un resultado positivo.

Pienso en *él*, retorciendo mi metafórica cabeza ciento ochenta grados, algo que le gusta hacer, pero que, hasta ahora, no parece haber reportado solución provechosa alguna.

—¿Qué estás tratando de decirme con todo esto? —pregunto.

—Estoy tratando de explicártelo, pero no dejas de interrumpir. Tu amigo. El exorcista.

—¿Sí?

—Necesita un demonio. Uno que pueda controlar. —Me mira—. Vas a ser tú.

—¡¿Que necesita…?!

Un suspiro prolongado.

—Tiene que hacer un trabajo. Necesita que lo ayudes. Así que te

asigno temporalmente a él. Una especie de comisión de servicios a medio plazo.

Mis metafóricos dientes están tan apretados que a duras penas puedo hablar:

—¿Para hacer qué?

—Necesita que poseas a alguien.

—¿Qué?

—Venga ya… sabes perfectamente qué significa poseer a alguien. Hay un humano mortal. Tú entras. Haces tu trabajo. En este caso, lo que él te diga que hagas.

Uno cree que en esta vida ya no le quedaba nada por oír.

—¿Él… él quiere que yo haga esto?

—Sí.

—Eso es un disparate. Su trabajo es sacar demonios. No meterlos…

—Mira —se le ha agotado la paciencia—, esto ha sido autorizado por Área y DirCenOp. Puedes hacerlo o puedes irte mentalizando para una eternidad en las oficinas. Tú eliges. —Sonrisa adusta—. Libre albedrío. Lo que tú quieras. Lo único que necesito es que decidas ya mismo. *Capisce*?

—¿Se supone que él ha pedido que sea yo en concreto?

—Oh, sí. Eres tú o no hay trato. Y es relevante para el Plan. Nos importa.

Lo que, supongo, es la diferencia entre el Plan y yo. Las ovejas de su rebaño, a su disposición para que las esquile, desuelle o ase en brochetas.

—¿Podemos bajar ya? —pregunto.

~

Dicen que cuando un perro te muerde es porque le gustas. Yo creo que a él le debo de gustar, porque lo primero que hace es morderme. Con sus auténticos dientes metafóricos: los cierra sobre mi garganta, me sacude y luego me suelta.

—Te crees muy listo —dice.

—¿Ah, sí?

—Hacer que tu amiguito el monje te rescatara… ¡Qué espabilado! Me das asco.

Aplasta mi metafórica cabeza contra la pared de su cráneo y, durante un momento, siento tal dolor que no puedo pensar.

—¿Serviría de algo que dijera que lo siento?

—No, porque estarías mintiendo. ¿Por qué nunca puedo hacerte algo de verdad? No paro de darte candela y jamás pasa nada de nada. —Retuerce mis metafóricos brazos detrás de mi metafórica espalda, y grito. Chasquea la lengua, irritado—. No hagas eso.

—Pero es que duele.

—No me trago que puedas sentir dolor. Creo que no es más que teatro.

Él es más fuerte que yo, del mismo modo en que yo soy más fuerte que un recién nacido. Siempre lo ha sido. Sin embargo, tarde o temprano se cansa, y disfrutamos de un breve respiro. Es entonces cuando mis huesos destrozados se sueldan, mis articulaciones dislocadas se recolocan, mis órganos desgarrados cicatrizan… todo listo para el siguiente asalto.

—Me dijeron que habías pedido que fuera yo.

Asiente, exhausto. Está despatarrado contra la pared de su cráneo, pálido y demacrado por el agotamiento.

—¿Por qué yo?

—Porque a ti te conozco. Y tú sabes lo que te haré si tratas de tomarme el pelo.

—¿Qué quieres que haga?

Me mira fijamente. Siento cómo se está obligando a tolerarme sin actuar. Para él es un esfuerzo ímprobo. Pensad en lo que sentís cuando sin querer tocáis una superficie ardiente, el instante del grito de dolor antes siquiera de haber podido retirar la mano. Ahora imaginaos dejando la mano ahí deliberadamente. Eso es lo que él experimenta. A mí él tampoco me cae demasiado bien, pero nunca he sentido ese odio intolerable, a muerte, ese encono de «o él o yo». Sentiría lástima por él de no ir en contra de las normas.

—¿Has estado alguna vez en Antecira? —me pregunta.

~

Huelga decir que la respuesta es sí. Por una curiosa coincidencia, se trata del ultimísimo lugar que Él creó, el sexto día, cuando ya se estaba haciendo tarde y Su mente empezaba a distraerse con otros

asuntos, con las consecuencias que pronto vamos a ver.

Tal como todo el mundo sabe, Antecira es el terreno más inhóspito, más caluroso, más árido, menos productivo, más hostil y más sumamente deseado de la tierra. Al oeste, tenemos el Gran Mar Interior, con las prósperas naciones comerciantes de las islas de poniente a un día de navegación por aguas bastante plácidas. Al norte, Robur, poderoso pero arribista, de hombres violentos y vulgares con más armas que dinero. Llegaron desde las lejanas estepas septentrionales varios siglos atrás, tras haber sido expulsados de sus territorios de pastoreo ancestrales por salvajes incluso más atroces que ellos. Son un porrón, y es una suerte para todos los demás que Él se tomara la molestia de colocar un obstáculo en su frontera sur: una cordillera terriblemente alta que solo cuenta con dos pasos franqueables. Al sur de Antecira se halla la antiquísima civilización de Blemia, poderosa en extremo y casi descerebrada, en la que vendan gatos embalsamados y los adoran como a dioses. Los blemianos son bastante especiales, y allí el tiempo transcurre muy despacio, pero que el cielo ampare a quien consideren una amenaza para sus intereses diplomáticos o mercantiles. Por último, al este, al otro lado del desierto, tenemos a los sasanios, inventores de la escritura y la agricultura, que se han autoproclamado amos de la creación. Erigen palacios inmensos en mitad de desiertos azotados por tormentas de arena, decorados con colosales frisos de basalto con escenas bélicas y de caza de leones. Creen que el mundo les pertenece y consideran intrusos a todos los que no son sasanios.

Encajonada entre estas tres pesadillas, tenemos a Antecira. Una franja de terreno llano y fértil se extiende a orillas del mar, y luego las montañas se alzan frente a ti, y al otro lado de estas, desierto blanco y llano, con zonas en las que jamás ha llovido. Olvídate de cultivar cereales en Antecira, salvo en ese estrecho trocito de la costa. En las faldas de las montañas tan solo crecen vides y olivos, y por los pelos, y unas pocas ovejas milagrosamente resistentes vagan por la zona media de las laderas; todo lo demás es roca desnuda adornada con un elegante manto permanente de nieve. Siempre hay unos setenta mil anteciranos —nadie sabe ni a nadie le importa el número exacto—, que se ganan la vida vendiendo vino, aceite de oliva y lana a blemianos, robur, sasanios y vesani del otro lado del tranquilo mar azul. El vino, el aceite y la lana no son nada del otro mundo, de modo que no se los pagan demasiado bien. Tienen dos ciudades de adobe: Anfípolis, al norte, que es la capital, y Beal Regard, al sur, donde vive

el duque.

Equejardo VI de la casa de Jaos no es mejor ni peor que sus diecinueve predecesores en el trono ducal. Es un hombre de inteligencia limitada e imaginación atrofiada, un pragmático, nacido con sangre azul algo aguada y descolorida. Sabe que su minúsculo reino de mala muerte existe solo porque, si uno de sus tres terribles vecinos lo invadiera, los otros dos atacarían sin pérdida de tiempo al invasor, y la guerra consiguiente solo terminaría cuando el último hombre sobre la tierra matara al penúltimo y clavase su cabeza en una pica. Sabe que hasta el último de sus actos es examinado con lupa por tres grupos de espías, todos tratando desesperadamente de malinterpretarlo. También sabe que cada taza de harina en Antecira procede del extranjero, de suerte que, si sus mercaderes no comercian con ahínco con sus vecinos, todos sus súbditos habrán muerto de inanición en un año. Lo único destacable de Equejardo es que, para obtener este empleo ingrato y bastante estresante, asesinó a cuatro personas, dos de ellas familiares cercanos; a la vista de que este ha sido un procedimiento habitual en la casa de Jaos durante siglos, nadie le concede mayor importancia, ni siquiera él.

Los problemas empiezan cuando un mercader vesani, tratando de ahorrarse unos cuantos escifatos en los aranceles, entrega un obsequio a Equejardo. Se trata de un libro. Un ejemplar precioso, escrito y miniado en selecta vitela color crema por los monjes del Capitel Dorado, en la remota Perimadeia. Las páginas están encuadradas con viñas y acanto sobre un fondo de pan de oro, y los dibujos son pequeñas obras maestras: escenas de la vida cotidiana, batallas caballerosas, amor cortés, la Ascensión… todas esas cosas que tan bien pintan en el Capitel Dorado. La tapa es de cuero repujado maravillosamente, tachonada de pequeños rubíes y esmeraldas, con estampaciones doradas del símbolo de la flor de lis y un cierre plateado tan bello que partiría un corazón de piedra. Este tipo de artículo, le dijo el abad del Capitel Dorado al mercader, gusta muchísimo a los rústicos, de forma que el comerciante encargó seis y pagó un elevado precio por ellos.

El mercader entrega el libro a Equejardo, que se muestra encantado con él, aunque no lo bastante como para rebajarle sus seis escifatos; dice que lo tendrá que pensar, lo que equivale a un «no» en lenguaje ducal. Nunca antes le han regalado un libro. Se lo lleva con él a su cámara privada y lo admira, maravillándose ante los colores intensos, la gracia exquisita de formas y motivos, la textura sensual

contra las yemas de sus dedos, el penetrante aroma del cuero, frotado recientemente con aceite de camelia del lejano Echmen. Y luego hace algo que nadie, ni siquiera las grandes cabezas de la cuarta planta, jamás se habría esperado. Se sienta y lo empieza a leer.

Porque Equejardo sabe leer, aunque son pocos los que están al corriente. La culpa es de su madre, que se dio cuenta de que muchos de los papeles que le ponían a su marido delante de las narices para firmar en realidad no decían lo que el gran visir afirmaba, y, como consecuencia, a veces sucedían cosas malas. De manera que, sin decírselo a nadie, contrató a un escriba a fin de que enseñara a su hijo el misterioso arte, recalcando a ambos la necesidad de mantener el secreto estrictamente entre ellos. Dos décadas después, cuando Equejardo sube al trono de sus antepasados, agradece la decisión de su madre, casi lo bastante (pero solo casi) como para hacerle desear no haberse visto obligado a ponerle belladona en la sopa. Cuando el visir le trae papeles para firmar, él dice «Déjalos ahí, enseguida los firmo», y, cuando no hay alma viviente mirando, los lee. Nadie sospecha, y la aristocracia de Antecira atribuye su asombroso don para descubrir chanchullos a un demonio doméstico, que los rumores aseguran guarda en un frasco junto a la cama.

No habría tenido importancia si el libro hubiera sido el tipo de material que en el Capitel Dorado producen como churros: misales, salterios, libros de horas, agradables e inofensivas selecciones de textos del *Manual de usuario* a los que nadie hace demasiado caso porque se los saben de memoria y dejaron de pensar en lo que dicen largo tiempo atrás, igual que un hombre casado termina por dejar de escuchar a su esposa. Equejardo es un hombre bastante devoto a su propio estilo. Como consecuencia de los crudos hechos que plagan su vida, necesita imperiosamente alguien a quien rezar, y desde niño le han dicho «Esto se hace así», y él lo ha hecho así y continúa vivo, de modo que, si algo funciona, mejor no tocarlo. Por lo que, ante un salterio precioso, tan solo habría encogido sus hombros espirituales.

Sin embargo, este libro no es un salterio, ni siquiera un bestiario o unas *Vidas de santos*. Es *Sobre la genealogía de la moralidad*, de Saloninus, que resulta ser la lectura favorita de un monje rebelde y disoluto del Capitel Dorado. Cuando el abad le pide que prepare seis lujosos códices iluminados en un plazo ridículamente corto, produce cinco ejemplares de *Ciudad de Dios*, de Bononus, y luego entra en una especie de trance. Si tiene que miniar una copia más de *Ciudad de Dios*, *Las muy ricas horas* o cualquier otra obra de ese cariz, es muy

probable que pierda sus últimos restos de autocontrol y empiece a apuñalar gente con su cortaplumas. Conque, en lugar de eso, recupera de debajo del tablón suelto del suelo del *scriptorium* su edición clandestina en un volumen de *Sobre la genealogía* y empieza a copiarla. Su contenido le resulta tan inspirador que hace un trabajo de rechupete, y lo remata con láminas y láminas de pan de oro y brillos extras en la tapa. Da igual, se dice, nadie se va a enterar jamás, porque en realidad nadie lee nunca estos libros.

Así que Equejardo lee *Sobre la genealogía de la moralidad*, y empiezan a sucederle cosas extrañas…

—

(Da la casualidad de que yo coincidí con Saloninus en una ocasión, no mucho después de su muerte. Tras orientarse, comprender dónde estaba, lo que le había sucedido y quién era yo, me sonrió de oreja a oreja.

—Estabas equivocado —le dije—. ¡Qué inocente!

—Vaya, no pasa nada —respondió riéndose—. Estaba bastante seguro de que estaba equivocado. Pero me alegro de verlo confirmado.

—¿Acaso creías? —pregunté frunciendo el ceño.

—Con toda mi alma. Desde niño.

—Entonces, ¿por qué escribiste…?

—Por dinero. A ver, nadie iba a pagar para leer sobre que Él existe, sobre eso ya hay un millón de libros. Pero un argumento verdaderamente convincente de que Él no existe sería un superventas inmediato. Y lo fue. Volaba de las estanterías, había escribas copiándolo las veinticuatro horas del día. Por desgracia, cuando lo escribí estaba pasando una mala racha, así que vendí los derechos por veinte florines a un hombre en Boc Bohec. Una lástima…

—Una verdadera lástima —convine asintiendo con la cabeza—. Por culpa de ese libro, por aquí hay un montón de gente a la que no le caes demasiado bien.

—Eso no es justo —repuso, con expresión horrorizada—. Solo es un libro.

—Exacto —contesté yo. Lo levanté con los dientes de mi tridente y lo arrojé a las llamas eternas.

Solo es un libro. Yo… yo daría lo que fuera por haber escrito

algo así, pero eso sería crear, algo que en mis círculos es un monopolio estrictamente controlado. A propósito, tal vez os preguntéis cómo es que se permite la existencia de *Sobre la genealogía*, dado que es una enorme espina en la piel Divina. Si lo prohibiéramos estaríamos perdiendo el norte. Al fin y al cabo, no somos bárbaros. Nosotros respetamos el impulso de los humanos mortales de examinar, analizar y escudriñar el universo, y de reportar sus descubrimientos. En contra de lo que algunos desinformados os pueden hacer creer, estamos fervorosamente comprometidos con la defensa de la libertad de expresión. Nosotros no quemamos libros. Solo a quienes los escriben).

—

En cualquier caso, aquí tenemos a Equejardo, que cierra el libro, con la yema del dedo irritada tras acompañar con ella la lectura de líneas y líneas de texto. Se siente casi como alguien que ha recibido una información fidedigna sobre un inmenso tesoro enterrado en una fosa común de la peste. Por un lado, ha visto la luz. Los dioses no existen, y la religión es tan solo un constructo de la moralidad humana, que a su vez es una combinación de moda y oportunismo mental, tan válida como una moneda de peltre. Pero, por otro lado, lo único que une a su desdichado pueblo y le proporciona la fuerza para seguir viviendo en esa patria suya, perniciosamente incapaz de ser autosuficiente y rodeada por enemigos, es su fe. No se le pasa por la cabeza la posibilidad de mentir ni fingir. Conoce sus limitaciones: no es un actor demasiado bueno. Sabe que si trata de cumplir con sus obligaciones como jefe del sacerdocio y cabeza de la Iglesia, la gente no tardará en darse cuenta de que se limita a guardar las formas, de que ya no cree. Así que, ¿no sería mejor decírselo a todo el mundo sin rodeos? Dios no existe, estamos solos y siempre lo hemos estado; todos los templos y monasterios quedan clausurados con efecto inmediato, y su considerable erario, confiscado por el Fondo Nacional de Ayuda a los Necesitados…

Sí, piensa, eso le gustaría a la gente. Los anteciranos creen, y su fe es el pilar que soporta el techo de su mundo. Sin embargo, no han dejado de observar que, mientras los años malos ellos salen adelante entre penurias —comiendo ortigas y vendiendo a sus primogénitos para poder permitirse alimentar a sus hijos más pequeños y pagar el

impuesto del templo—, los sacerdotes siguen como si nada, ataviados con sus vestiduras púrpuras y comiendo al día tres buenas comidas condimentadas delicadamente. Si echamos toda la culpa al clero y reconducimos su enorme riqueza (parte de su enorme riqueza; que tampoco se nos vaya la mano) para alimentar a los hambrientos y sintecho, la cosa podría funcionar. El nuevo mensaje sería: aunque parezca imposible, hemos sobrevivido, y, durante todo este tiempo, cuando creíamos que era porque Él velaba por nosotros, en realidad nosotros velábamos por nosotros mismos; por consiguiente, debemos de ser un pueblo de lo más especial e, incluso aunque los dioses existieran —que no existen—, no los necesitaríamos. Es difícil imaginar que pueda haber alguien en Antecira a quien esta línea de argumentación no le parezca atractiva.

Cae en la cuenta de que está tratando de racionalizar una decisión que ya ha tomado, no por razones de Estado pragmáticas, sino porque él es quien es, ha visto lo que ha visto, y no puede hacer otra cosa. No puede contar una mentira —al menos no una tan grande —. Puesto que el tesoro está ahí, tiene que desenterrarlo, aunque eso implique contagiarse de la peste, aunque implique propagarla. Sobre el dintel de la sala del trono, su abuelo había hecho tallar una inscripción con letras enormes: «POR ENCIMA DE TODO, LA VERDAD». Él la ha visto al menos una vez al día, todos los días de su vida. Ahora, por primera vez, cree conocer su significado.

Envía a buscar al gran visir. Esto no te va a gustar, le dice.

—

Lo miro de hito en hito.

—Es terrible —digo.

—¿A quién leches le importa lo que tú pienses? —responde, pero no me golpea. Está ensimismado. De no conocerlo tan bien, diría que incluso preocupado.

—Esto no estaba en el Plan, ¿verdad?

—Cierra el pico.

—El Plan se ha jodido. Esto no tenía que haber pasado.

—Te he dicho…

—Venga. Cállate ya.

No me pega. Como yo me había encogido, preparado para

contrarrestar el impacto que no llega, pierdo el equilibrio y caigo hacia delante. Me lanza una mirada tan áspera que se habría llevado por delante el óxido del ancla de un buque naufragado, pero nada de metafóricos puños contra el rostro ni botas contra la rótula.

—Necesito pensar —añado.

Él no contesta. Se halla muy lejos, atrapado en las implicaciones de la historia que acaba de contar.

—¡Qué demonios! —exclamo—. Tengo que hablar con el jefe de División.

—Te han asignado a mí.

—Tengo que hablar con él.

Me mira, perplejo.

—No hace falta que grites.

—Enseguida vuelvo —digo, y me largo.

~

—De acuerdo, sí —admite División. Debajo de nosotros, todos los reinos de la tierra se ocupan de sus deprimentes asuntos. Los cerdos de los que nos hemos apropiado temporalmente para nuestra conferencia improvisada siguen hozando, en su ronda diaria a la búsqueda de tubérculos—. Se ha producido una anomalía en el Gran Esquema.

—Te refieres a que esto no tenía que haber sucedido.

—No.

—Pero ha sucedido.

—Sí.

Arrancar a División una respuesta clara es un poco como extraer plomo de una mina. No es imposible, pero es un trabajo largo, duro, ruidoso, sucio, peligroso y difícil, y, por lo general, el resultado es pernicioso y no merece la pena.

—Eso no es posible —afirmo.

—Cierto —dice con un suspiro—. Pero el universo es muy viejo y todavía le queda un larguísimo camino por delante. Y quien está al frente somos nosotros, en Su nombre. Y Él es infalible, pero nosotros no somos… —sonríe tímidamente— Él.

Cierro los ojos y cuento hasta cinco.

—¿Y cómo ha podido ocurrir este suceso imposible?

—Bueno, no es algo tan difícil. —Ahora que se ha descubierto el

pastel de boda de diez pisos, está bastante más relajado de lo habitual —. Al fin y al cabo, la mayor parte del tiempo trabajamos con brocha gorda. Nos vemos obligados a ello. No contamos con el personal suficiente para hilar realmente fino.

Asiento. Mi cerdo desentierra una trufa y la pisa.

—Se suponía que lo de Antecira era algo inevitable —prosigue él —. Desde el momento de la Creación. Al colocarla ahí, Él desencadenó una secuencia de sucesos con un único resultado posible.

Entiendo más o menos a lo que se refiere. Recordad que Antecira fue creada el sexto día. Él ya había hecho el ancho río rico en aluviones que garantizaría que Blemia siempre sería una superpotencia; las estepas septentrionales, cuyas condiciones de vida tenían que acabar engendrando algún día un pueblo como los robur; los inmensos ríos gemelos que asegurarían que Sasania fuera forzosamente la cuna de la civilización. Y entonces plantificó Antecira en el lugar donde las tres naciones que pronto serían cruciales debían terminar chocando y, por si las moscas, hizo que vivir allí fuera una auténtica pesadilla. Entonces ya solo le quedó dar un paso atrás y permitir que la naturaleza humana siguiera su curso.

—Antecira es la clave del ejercicio —continúa División—. Los anteciranos son Su pueblo elegido, aunque, a lo mejor, Su pueblo sufrido sería más apropiado. En cualquier caso, son lo que podríamos denominar «el yunque del Plan», en el que Él forjará los elementos del Camino Verdadero.

Tiene sentido. El yunque de Su Plan… ¿y qué les pasa a los yunques? Que reciben golpes. Para eso son, para recibir golpes.

—Y lo mismo es aplicable a Antecira —prosigue—. Piénsalo. ¿Cuál es la experiencia que tiene en común el noventa y nueve por ciento de los mortales humanos a lo largo de toda la línea temporal? Respuesta: hacer cuanto pueden por sobrevivir en un mundo hostil e implacable; continuamente amenazados y maltratados por fuerzas a las que no pueden ni controlar ni hacer frente; nacidos para la desdicha, así como las chispas se levantan y vuelan por el aire; habituados a la derrota, la pérdida y la humillación; arrastrándose por sus vidas horribles, cortas y brutales con un «GOLPÉAME» imborrable pintado en la espalda. Lo que trato de decir es que ¿qué sentido tendría elegir a los robur o a los sasanios? Ellos son triunfadores natos, sus expectativas estarían equivocadas por completo, se sentirían amargamente decepcionados, y su fe se iría al cuerno. Y si entregaras diez mandamientos a los blemianos, en todo momento los obedecerían

sumisamente y al pie de la letra, lo que no demostraría nada. De manera que, cuando traza el Plan, Él lo organiza todo para desembocar en la existencia de los anteciranos, porque ellos son víctimas por naturaleza y perdedores eternos, la personificación, el arquetipo de la vida humana en la tierra. Y, por consiguiente, será a ellos a quienes Él revele el Camino a su debido tiempo, y ellos, mejor que nadie, comprenderán.

Vuelvo a asentir con la cabeza.

—Buen plan —digo.

—Sí, lo es. Y es una auténtica pena que todo se vaya a la mierda justo cuando soy yo quien está a las riendas.

Nos quedamos en silencio un instante, meditando sobre la enormidad de todo el asunto.

—Vas a verte en un buen lío —señalo.

—Sí.

—Supongo que no hay ninguna forma de que puedas tergiversar los hechos para hacer que parezca culpa de otro…

—Ya lo he pensado, pero, por desgracia, no la hay.

—¿Te has planteado acudir a tu superior, explicárselo todo y tratar de encontrar una salida constructiva?

—¿Has perdido el poco seso que tenías? Claro que no. Tenemos que solucionarlo por nuestra cuenta, es la única manera. De lo contrario, cada vez irá de mal en peor, hasta que, cuando a la postre se arme la gorda, vamos a desear no haber sido creados. Tú incluido.

—¿Yo? ¿Qué he hecho yo?

—No haber tenido nada que ver no es excusa, eso ya lo sabes. De todos modos, ahora ya estás al corriente, y te estaré muy agradecido si no dices ni mu sobre todo esto.

—No faltaría más.

—Gracias.

Tras un instante de vacilación, pregunto:

—¿Cómo encaja *él* en todo esto?

—¡Ah! Esa es la mayor putada. Tu amigo fue el primero que descubrió el problema y lo notificó a Regional. Regional me informó a mí, y henos aquí. Por desgracia, él está metido en este asunto. ¿O debería decir chanchullo? Y si queremos que mantenga la boca cerrada, tiene que seguir estándolo. Y si él está metido, entonces tú también lo estás. —Y añade—: Lo siento.

Respiro hondo.

—Comprendo —digo.

Me detengo en el umbral de su oído, sorprendido de que no se haya dado cuenta de mi presencia. Carraspeo.

—Cariño, ya he llegado —anuncio.

Nada. Así que entro.

Lo encuentro desmadejado contra la pared de su cráneo, con los metafóricos codos en las metafóricas rodillas, la metafórica cabeza en las metafóricas manos. Nunca antes lo he visto así.

—He vuelto —digo.

Me mira. El odio sigue presente, pero la mirada es distinta. Ya no soy lo peor del mundo. Algo incluso más horrible ha ocurrido.

En el exterior, un barco corta las plácidas aguas azules de la bahía de Beloisa. Nos hallamos en él, en ruta de Beloisa a la ancestral y fabulosamente rica Escona, isla de mercaderes, que durante dos mil años ha constituido el vínculo comercial entre Occidente y Oriente. Nuestro cargamento está compuesto de marfil, simios, pavos reales, sándalo, cedro, vino blanco dulce y demás productos así. En esta época del año, se tarda poco más de un día en navegar de Escona a Anfípolis, en la costa antecirena. Una vez allí, la nave descargará el lastre —setenta toneladas de cebada del año pasado, desechadas para hacer hueco a la nueva cosecha, pero una mercancía valiosa en Antecira— y cargará doscientas frascas de aceite de oliva mediocre y cuarenta balas de lana basta, antes de continuar su majestuoso cabotaje rumbo a su verdadero destino: el puerto blemiano de Náucratis.

—Ah —exclama él—. Eres tú.

—He tenido una provechosa conversación con los míos en la sede central de División, y te alegrará saber que apoyan el plan que has propuesto al ciento diez por ciento, conque, durante el tiempo que dure la emergencia, todos estamos trabajando juntos oficialmente y —no puedo resistirme a añadir— compartimos cantoral. —Y agrego, mientras él se revuelve amenazadoramente—: División reconoce que se trata de un acontecimiento sin precedentes para ambas partes, así que vosotros debéis de sentir al menos cierta inquietud, como nosotros. No obstante, desean que haga hincapié en lo singular de las circunstancias y en la importancia para ambas partes de solucionar este asunto, y que te agradezca asimismo una vez más tu buena disposición para dejar por el momento a un lado tus sentimientos

personales por el bien de la misión.

Se levanta como movido por un resorte, me arroja al suelo y machaca con su metafórico talón mi metafórica oreja hasta que algo se rompe. Pero no importa. Ya se siente mejor.

—

En teoría, conseguir audiencia con el duque de Antecira es harto difícil. Hay que solicitarlo al lord chambelán, al que no puedes abordar sin más en la calle y soltarle: «¿Qué te parece si…?». Para obtener audiencia con el lord chambelán, hay que solicitarlo al secretario privado segundo, cuya agenda gestiona el veedor auxiliar de cámara, con el que puedes contactar a través de la oficina del condestable, donde trabajan siete escribientes, por los que tienes que pasar, uno tras otro. En la práctica, existe la útil vía rápida de la tarifa plana de cohecho que lo cubre todo, esencial en una nación mercantil donde los sobornos llegados del exterior son una de las fuentes principales de divisas fuertes, que el país necesita con desesperación.

Mientras recorremos las calles de Beal Regard, no puedo evitar fijarme en un cambio que se ha producido desde la última vez que estuve allí. Los bazares siguen estando incómodamente abarrotados; las aceras continúan siendo demasiado estrechas; los edificios, demasiado altos y faltos por completo de mantenimiento y reparaciones, y el olor es tan desagradable como siempre; pero la gente ha cambiado. Están más silenciosos. No gritan. Mascullan. Es como si fuesen treinta mil personas encerradas en un espacio reducido a la espera de que suceda algo, bueno o malo, no saben, aunque son realistas y tienen buena memoria.

Un pobre mendigo chiflado se planta ante nosotros, echa una mirada a mi socio y se escabulle a toda prisa por un callejón. Y a quién he vislumbrado yo con tan solo esa mirada sino a mi viejo compañero de armas, Farruquete, al que había visto por última vez instalado en los alrededores de la mente del hermano Hildebrando, allá en el monasterio del Tercer Cuerno. Tan solo puedo saludarlo con un gesto de la mano y articular en silencio: «Hola, Farruquete, ¿qué haces aquí?», por miedo a que *él* se pueda dar cuenta, vea a Farruquete dentro del pordiosero y pierda energía y tiempo valiosos arrancando a mi estimado colega una metafórica extremidad tras otra;

por su parte, Farruquete me fulmina con una feroz mirada que significa: «Tú no me conoces, no me has visto, yo no estoy aquí». Interesante. ¿Acaso me han asignado a Farruquete —¡válgame Dios!— como apoyo? Sí que andan las cosas mal…

La entrada del palacio se halla al final de una calle indistinguible de cualquiera de las otras calles de Beal Regard: demasiado angosta, los edificios demasiado altos, las aceras demasiado llenas de puestos destartalados que despachan vegetales esmirriados y género robado diverso. La puerta surge de sopetón ante ti, como dispuesta a golpearte. Es unos mil años más vieja que la calle, y, mil años atrás, o bien los duques de Antecira tenían algo más de dinero para gastos personales o les importaba menos lo de pagar a los canteros, porque está flanqueada por dos figuras colosales: cuerpo de león, patas de águila y cabeza humana con corona y barba. A estas alturas, se ven un poco ajadas, con la pintura toda descascarillada, y tampoco es que nunca fueran lo que se dice maravillosas, habida cuenta de que son imitaciones a escala uno a tres de las espeluznantemente colosales Puertas de Acbadán, en las tierras altas de Sasania. No obstante, ahí donde están resultan bastante efectivas. La intención es que transmitan que en ese lugar vive alguien importante, y lo consiguen bastante bien. La entrada está defendida frente a cualquier intruso por dos soldados, campesinos llegados a la ciudad no hace mucho. Los soldados nos miran con cara de pocos amigos.

—Me están esperando —anuncia mi socio.

Ellos lo observan con desconfianza. Uno abre un portillo de la puerta principal, entra a toda prisa y regresa instantes después acompañado por un hombre gordo con un mugriento chaleco acolchado cubierto de manchas de óxido; él es el oficial de guardia ese día y sabe leer. «Documentos», dice.

Mi socio le muestra un trozo de olla rota —el papel en Antecira es caro—, en el que el secretario privado segundo ha escrito nuestro salvoconducto. El oficial frunce el ceño al verlo y les dice a los soldados que nos dejen pasar. Hasta aquí la parte fácil.

El lord chambelán nos observa.

—¿Os conozco? —pregunta.

—Creo que no —responde mi socio mientras mueve la cabeza negativamente, pero está mintiendo.

En la cabeza del lord chambelán hay un recuerdo —tercera estantería contando desde arriba, séptimo libro mayor por la derecha — de algo que no debería estar ahí, y, por primera vez, yo veo a uno

de nosotros tal como mi socio nos ve. Es horrible. Es una especie de crustáceo gigantesco, con escamas y zarpas, ojos redondos y negros, un círculo perfecto por boca, y dos iris concéntricos con dientes de quitina afilados como cuchillas. ¿Es así como él me ve? Se me pone la carne de gallina.

~

(Es un recuerdo breve. El lord chambelán tiene unos diecisiete años y es más o menos consciente de que lleva una temporada comportándose raro. Ha tenido ataques en la calle; grita mucho, en un idioma que no entiende. Tiene algo alojado en la mente —como cuando se te mete un trozo de beicon entre los dientes— que no debería estar ahí; la mayor parte del tiempo tan solo pica de manera insoportable, pero a veces escuece y a veces quema, y, cuando lanza esos gritos extraños, es porque siente un dolor tremendo, como si tuviera un brazo roto y a alguien pisándoselo —¡cómo lo entiendo!—, y la única manera de calmar el dolor es gritar más fuerte, pero con eso no lo calma, lo empeora. Mi socio limpia su mente de todo esto como una draga cuando se enfrenta al intruso, un agente muy bisoño al que llevo siglos sin ver.

—Largo —ordena mi socio.

—Ya me iba —replica el novato, y se levanta para marcharse.

—Un momento. —Mi socio le bloquea el paso. Ya estamos, me digo a mí mismo—. Esa jerigonza sin pies ni cabeza que le hacías proferir…

—Luvita clásico.

—¿Es una lengua de verdad?

—Oh, sí. Muerta, por supuesto. Le hice recitar en ella la bendición sacramental del revés.

—¿Por qué?

—Órdenes —responde el novato con un encogimiento de hombros—. Yo me limito a hacer lo que me mandan. ¿Me puedo marchar ya?

Mi socio quita su metafórico cuerpo de en medio para permitirle irse. Ni siquiera le da una colleja cuando pasa por delante. Muy eficiente, muy civilizado. Pura rutina).

—Estoy seguro de que nos hemos visto antes —dice el lord chambelán.

—Todo es posible —contesta mi socio—. Pero de haber sido algo importante, me acordaría.

Y nos conduce a su presencia. Yo tampoco es que me hubiera hecho demasiadas ilusiones, y casi mejor. El salón del trono, la absoluta cumbre del esplendor en Antecira, tiene unos dos tercios del tamaño del claustro pequeño del Tercer Cuerno, el suelo de sencillas baldosas marrones y blancas, dos hileras de seis flacuchas columnas que sujetan un techo sin ninguna floritura, paredes encaladas lisas y, al fondo, un trono; es decir, un sillón de aspecto elegante fabricado en algún tipo de madera oscura, y decorado con paneles tallados toscamente, que es probable fueran vendidos al abuelo del rey haciéndolos pasar por marfil, pero que en realidad son de colmillo de morsa.

A ambos lados del trono hay soldados con lanzas y escudos, pero sin yelmos ni corazas, que son caros; detrás, a la izquierda, un anciano con una sencilla túnica blanca, el gran visir, supongo. Sentado en el trono, Equejardo VI, el hombre que ha desbaratado el sublime Plan, el causante de este problemón, que tanto trabajo extra está dando a las huestes celestiales y al Príncipe de la Oscuridad. Parece un obrero; un carretero, habría dicho yo, posiblemente uno de los encargados de vaciar las letrinas, alguien que trabaja con caballos, eso sin duda. Lleva el pelo peinado por encima de una calva y le falta un diente (de arriba, una paleta).

Él mira a mi socio y ve la túnica de comerciante de seda roja con ribetes de piel, los zapatos de punta extremadamente larga y el gorro de castor de ala ancha. Él jamás podría permitirse vestir así.

—¿Qué desea? —pregunta.

Mi socio me da un codazo en mis metafóricas costillas.

—Ya voy, ya voy —digo.

Y una fracción de segundo después, estoy presente cuando Equejardo pierde ese diente. Es durante una pelea amistosa con el mozo de cuadra, que es más corpulento, fuerte y mucho más rápido, pero que trata de controlar sus puñetazos porque su oponente es el hijo del duque. Hace todo lo que puede, pero el joven Equejardo aún no ha llegado a la lección sobre mantener la guardia alta; el mozo de

cuadra lanza un gancho de izquierda bastante flojucho, con la intención de fallar, y el futuro padre de la nación se mete en el camino de su puño. Cae de bruces, apañándoselas para aterrizar que ni aposta en el patio adoquinado, y recoge algo del suelo, que resulta ser su propio diente.

Vuelvo a dejar el recuerdo donde lo he cogido y miro en derredor. No se lo digáis a nadie, pero, ¡rediós!, tengo un problema con los espacios reducidos, que es la razón por la que la mente de Equejardo me produce escalofríos. Este es un lugar muy claustrofóbico: angosto, atestado, sin espacio para respirar. Tranquilo, amigo, me susurro a mí mismo. Si soy presa del pánico, él se dará cuenta y se armará la de Dios.

Equejardo está hablando a mi socio sobre algo. Yo no estoy prestando demasiada atención, pero oigo frases sueltas sobre el impuesto de consumo, arenques escabechados de calidad extra con destino a Escona y cómo en su tierra no hay mucha demanda para ese tipo de producto. Yo no tenía ni idea de que mi socio fuera tan buen actor. Está haciendo una imitación la mar de encomiable de un comerciante de Boc Bohec, probablemente basada en alguien en cuya cabeza ha estado en algún momento. El duque está prestando atención, creyendo ingenuamente que en este asunto podría haber dinero. Los dejo que sigan a lo suyo.

~

Recuerdo con claridad cómo se lo dije a todos, en su momento. Esto va a terminar mal, les avisé.

Pero no me hicieron caso y siguieron adelante, y el resto es teología. Los recuerdos en mi mente son nítidos y dolorosos, son cuchillas que dejo tiradas por cualquier lado y con las que me corto cuando busco a ciegas por los oscuros aparadores de mi memoria tratando de encontrar alguna remembranza que se me ha extraviado temporalmente. Me acuerdo de cómo nos complicamos la vida de manera ridícula —¿cómo conspiras contra el Omnisciente?— con contraseñas, mensajes en clave y pasándonos información a plena luz del día. Éramos unos fantoches. Merecíamos perder.

Lo que jamás se nos ocurrió a nosotros, los Primogénitos de la Luz e Hijos de la Mañana, fue que se contaba con que nos

rebeláramos, desde la Palabra «ya»; formaba parte del Plan, desde el primerísimo día. Nosotros no lo comprendimos hasta más tarde, después de que nos pusieran en fila en el patio con las manos atadas a la espalda y números colgados del cuello para que el comandante del campo nos contara.

Incluso vosotros, los humanos mortales, podéis entender la sencilla verdad que pasó volando por encima de nuestras cabezas como una bandada de gansos migrando. ¿Qué fue lo primero que Él creó? Hágase la luz. Y, en cuanto tienes luz, tienes su opuesto inevitable: la ausencia de luz, los lugares donde no brilla el sol. Como Él no era tonto, sabía exactamente cuáles serían las consecuencias, pero a pesar de ello siguió adelante y lo hizo. No es que llegara a decir «Hágase la oscuridad», pero lo insinuó de manera inequívoca, ya os digo.

De aquí la necesidad de lo que creo que ya he descrito como Su leal oposición: nosotros. Se le planteó un dilema, la primera de tantas rocas que Él ha creado que son tan pesadas que no puede levantarlas —no sin una palanca o sin hacer trampas—. No podía coger un contingente de huestes celestiales y ordenarles: «Marchaos y sed malvados». Pero el trabajo tenía que ser llevado a cabo y alguien tenía que encargarse.

Siempre hubo una corriente subyacente de disconformidad, por supuesto, desde el mismo principio. Ni que decir tiene que jamás nadie dijo: «¿Realmente deberíamos estar haciendo esto?». Eso es inconcebible. Ahora bien: «¿Realmente deberíamos estar haciendo esto de esta manera?». Eso ya es más aceptable, y algunos de nosotros empezamos a pensarlo. Insisto, no «¿Realmente Él debería estar haciendo esto de esta manera?». ¡Dios nos libre! Los pronombres son importantes. No, el problema eran las tareas delegadas, las acciones ejecutadas mediante representantes y ministros… éramos un billón por ciento leales a Él personalmente, ya me entendéis, pero con ciertas reservas sobre si lo que algunos de Sus agentes estaban haciendo de veras representaba Su voluntad.

Recuerdo con todo detalle la primera vez que uno de nosotros (no diré quién, en boca cerrada no entran moscas; hasta aquel momento, él había sido un miembro respetado y de toda confianza de las altas esferas) se puso en pie en mitad de una reunión de nuestro equipo y empezó a criticar las acciones de un compañero. Apenas había empezado con sus reproches cuando alzó la vista y, tras ver la mirada en Su rostro, comenzó a tartamudear, su cara se tornó de un

color extraño, y se sentó de nuevo.

Desde luego que no le dijeron nada, pero al poco fue reasignado a otro trabajo igual de importante, y a los demás nos recorrió una especie de escalofrío. «Podía haber sido yo —nos dijimos—; yo he pensado con frecuencia eso mismo, justo lo que él estaba tratando de decir, y mira lo que le ha pasado. Esto no está…».

Buscamos una palabra para definir cómo no estaba y, muy a regañadientes, nos vimos obligados a llegar a la conclusión de que solo una palabra encajaría. Esto no está bien, nos recriminamos.

¿Servirse de una palanca para levantar una roca es hacer trampa? Supongo que depende de las circunstancias.

—

Yo he estado dentro de un montón de cabezas, de personas de todo tipo y condición, pero con reyes no me cruzo todos los días de la semana. Digamos que tienen… puntos de interés. Hay similitudes, que son interesantes, y diferencias, asimismo interesantes. Según Saloninus, inquieta vive la cabeza que lleva una corona, y no es difícil entender por qué. Para empezar, está llena a rebosar.

Por una parte, suele haber un montón de erudición. El regio progenitor de Su Majestad Real, que empezó siendo cabrero en Telmesos antes de unirse al ejército, ascender y encabezar un golpe militar, desea que su hijo cuente con todas las ventajas de las que él careció. O, si Su Majestad es de cuna noble, en cuanto el berreante recién nacido ha salido, caen sobre él cual buitres, profesores de idiomas y literatura, historia, geografía y filosofía, las artes de la guerra y las artes de la paz… porque así es como tiene que ser y así es como siempre se ha hecho. A los niños normales no les llenan la cabeza con toda esa basura.

Además, hay una enorme colección de problemas ajenos. Es una creencia humana universal (que es probable que ninguno de nuestros dos bandos haya hecho lo bastante por refutar, la verdad sea dicha) que todo lo que sucede debe ser culpa de alguien. En una monarquía, ese alguien es el rey en última instancia. Es culpa suya porque lo hizo, ordenó que se hiciera, permitió que se hiciera, olvidó prohibir que se hiciera, o no fue capaz de prever que pudiera hacerse; o no lo hizo, no ordenó que se hiciera, no permitió que se hiciera, no impidió que se

hiciera o, para empezar, nunca estuvo al tanto del asunto.

Nueve de cada diez veces sí que realmente es culpa suya, en efecto, pero una de cada diez siguen siendo un montón de veces cuando las sumas a lo largo de los años. Así que, tarde o temprano, todos los problemas que existen, tanto del propio país como foráneos, terminan ante el rey. A él pueden importarle un comino. Puede decirles a sus secretarios que echen a toda esa gente que hay al otro lado de su puerta y que se lleven todo ese maldito papeleo de su escritorio, porque hace un día soleado y se va de pesca, pero todos siguen estando ahí, en la periferia de su campo visual, en lo profundo de su mente, como mosquitos, un dolor de muelas o uno de nosotros.

También están sus propios problemas, muchos de los cuales son simplemente como los vuestros y los míos: ¿va a dejar de llover de una vez?, ¿me empieza a clarear la coronilla?, ¿tiene mi mujer un lío?, ¿en qué me equivoqué al educar a mis hijos?, ¿ese dolor recurrente es tan solo ardor de estómago o voy a morir?; y otros específicos del puesto, gajes del oficio: ¿está X tramando algo contra mí?, ¿me va a invadir Y?, ¿cómo demonios vamos a hacer que la gente crea que podemos equilibrar el déficit de la balanza de pagos?, y, sobre todo, ¿cómo sé si lo que estoy planeando hacer es sensato o increíblemente estúpido si cuando pregunto nadie se atreve a responderme con sinceridad?

Una mente como esa está demasiado ocupada para fijarse en algo como yo. Se da cuenta de que hay algo que está muy mal, pero ¿y qué?, por aquí dentro siempre hay algo que está muy mal. Tener una mente así sería como caminar por un foso de serpientes descalzo y con los ojos vendados: no hay ningún lugar seguro donde apoyar los pies. Demasiadas cosas con las que puedes tropezar: la certeza de que un día, de manera inevitable, todo se irá a hacer puñetas y el enemigo invadirá o el pueblo se rebelará, y, cuando eso suceda, no habrá nada que puedas hacer; la mirada en los ojos de tu madre cuando deja la cuchara y te observa, tras haber detectado el sabor extraño en la sopa; el momento en que sellas la orden para ejecutar a tu amigo más leal, que se disponía a asesinarte a cambio de cuatro cuartos. En una cabeza así, todo duele, así que, ¿qué importa una cosilla más, como yo? Yo podría vivir en un lugar así para siempre; podría vivir, por así decir, como un rey. El peligro sería que engordaría tanto que cuando fuera a salir me quedaría atascado, igual que el oso de aquel cuento infantil.

Pero yo estoy aquí para realizar un trabajo, y tenemos un

calendario que cumplir. Estoy aquí para roer el cerebro hasta alcanzar el tronco encefálico y hacer que este pobre tonto se retuerza y eche espuma por la boca, a ser posible en el momento más solemne de algún acto público importante, una demostración bien palpable de lo que te sucede si apostatas y dices cosas feas sobre la única fe verdadera. Por motivos obvios relacionados con el libre albedrío, los buenos no pueden encargarse de este trabajo. Sería la traición suprema al pacto sellado con una pepita de manzana allá cuando el mundo era joven. Pero si resulta que, como parte de sus actividades del día a día, un demonio posee a un individuo que resulta ser un duque apóstata (vaya, qué coincidencia), y también resulta que justo entonces pasa un hombre santo que coge y cumple con su deber, con la consecuencia no planeada de que el apóstata renuncia a sus insensatas ideas y retorna a la fe… entonces, todos han hecho un buen trabajo, ninguna regla se ha roto (ni siquiera les han quedado arrugas visibles) y todo el mundo sale ganando. Además, no se corre ningún riesgo de que algo se tuerza, porque el demonio en cuestión está tan desmoralizado y tiene tanto miedo al hombre santo que no se atrevería a intentar ningún truco sucio, incluso si se sintiera inclinado a ello, por miedo a lo que le sucedería una vez volviese a salir. Gracias a esto, creo yo, consiguieron vender la idea a su equivalente a nuestra División. Este tipo, decía la argumentación, es mansísimo. Prácticamente un corderillo.

Sin ninguna duda, un foso de serpientes, y de serpientes largas, gruesas y nerviosas. Cuando la ocasión se presente —estoy pensando en la Ceremonia de las Llaves, en la que al duque lo rodea toda la nobleza del reino, arrodillada en señal de respeto— y, con todo lo que hay aquí dentro, podré crear un auténtico tornado. No puedo decir que por lo general disfrute con mi trabajo, pero, incluso a un artesano remolón le costaría no sentir cierto orgullo cuando, de acuerdo con los criterios más exigentes de sus colegas, realiza su trabajo a la perfección. ¿Debería obligarlo a romperse sus propios huesos o a arrancarse uno de los ojos? Esto último tendría resonancias simbólicas —su ojo lo hizo pecar, así que se lo arrancó—, pero creo que mi socio podría disgustarse si estropeo en exceso la carrocería. Se inclinaría a pensar que daba mala imagen de él, de modo que luego me caería una buena. Por lo tanto, espumarajos, gritos, contorsiones, hablar en lenguas, a lo mejor atacar a unos cuantos aristócratas rurales, y luego me largo feliz, de vuelta (con un poco de suerte) al Tercer Cuerno, donde me esperan algunas agradables charlas más con el hermano

Eusebio. Todo cosas que puedo hacer con mis metafóricos ojos cerrados.

Hago una pausa. Algo va mal.

No puede ser. Pero, como dice Saloninus, una vez descartado lo imposible, lo que quede, aunque improbable, debe ser la verdad. Me quedo inmóvil y escucho. Silencio absoluto.

Puedes esconderte y contener la respiración, pero no puedes hacer nada de nada con el olor. El hedor —u aroma o fragancia— siempre te delata sin remedio: azufre, alcrebite y demás cosas agradables, así es como vosotros os percatáis de nuestra presencia, o eso es lo que me han dicho. Como es lógico, mi metafórica nariz hace mucho que dejó de percibir mi propio olor, así que el ligero perfume a vinagre y huevos podridos no es mío. Lo analizo más en detalle.

—¿Farruquete? —digo.

—¡Maldita sea!, no grites —me espeta Farruquete entre dientes, lo bastante fuerte como para despertar a los muertos.

—¡¿Farruquete?!

Una mano metafórica brota de entre las sombras, me agarra y me arrastra a un rincón oscuro, una grieta en la unión del lóbulo frontal con el temporal y el parietal. Me aferra en un puño de hierro.

—¡Lárgate!

—No puedo, me estás sujetando. —El puño se relaja, pero yo no me muevo—. No deberías estar aquí.

—Eres tú quien no debería estar aquí.

Hay algo seguro. Si ambos nos quedamos aquí discutiendo en voz baja, el huésped no tardará demasiado en percatarse de nuestra presencia y, alrededor de un segundo después, estará montando una buena escandalera. Si eso sucede, antes de tiempo y trastocando el programa, mi socio de ahí fuera me despellejará vivo y División se subirá por las paredes. Por otra parte, si abandono mi puesto y me marcho, mi socio de ahí fuera me despellejará vivo y División se subirá por las paredes; a menos que rompa los hábitos de toda una vida y haga algo inteligente, por supuesto.

—Que te den, Farruquete —susurro, y me largo.

Ay, el Plan. Siempre el Plan. Preguntad a cualquiera de nosotros en

qué cree realmente; en el Plan, respondemos. Por supuesto que existe un plan, único e indivisible, inmortal, eterno, infinitamente complejo y sabio. Aunque yo albergo ciertas dudas.

Me asaltaron por primera vez hace mucho, en los viejos tiempos, antes de ya sabéis qué. En aquella época estaba en comisión de servicios, asignado a la oficina del Tentador. Un trabajo agradable para alguien de mi temperamento: estás fuera de la oficina y te permite cierta libertad de actuación, una oportunidad para mostrar un poco de iniciativa.

Conque aquí me tenéis, vagando de un lado a otro por el mundo, cuando me entero de la existencia de cierto humano mortal, un verdadero creyente. Todo lo que este tipo hace es correcto y conforme a la Ley, y, a pesar o a causa de ello, es rico, está sano, y vive feliz y contento. Sus obras de caridad no conocen límites y todo el que tiene tratos con él sale beneficiado, pero esto no hace menguar en modo alguno los fondos de nuestro amigo; de hecho, se incrementan, porque es un tipo estupendo con el que hacer negocios. Es la clase de persona a la que los sacerdotes señalan y declaran: «Ya os lo había dicho, esto funciona la mar de bien».

Así que regreso arriba, y toca celebrar la junta de personal semanal, durante la cual resulta que Él menciona a Su sirviente fulanito, el tipo rico y feliz, el modelo que seguir. Mi servidor más fiel, dice Él, y mira de soslayo a ciertos miembros de las huestes celestiales, que puede que no hayan estado dando el do de pecho últimamente.

—Claro —salto yo—. ¿Por qué no va a serlo? Le has dado todo lo que podía desear.

—¿Y por qué no iba a dárselo? —dice Él, frunciendo el ceño.

—Por supuesto —convengo—. Lo único que digo es quítale todas las golosinas a ver si este majadero sigue siendo entonces igual de fiel.

Se puede oír el vuelo de una mosca. El semblante divino se ensombrece.

—¿Eso crees?

—Es la naturaleza humana.

—Vale —dice con brusquedad—. Tratemos de averiguarlo.

No os aburriré con la historia completa, que es larga y no deja en buen lugar a ninguno de los implicados (salvo a mí, yo solo estoy haciendo mi trabajo). Acaba con el pobre creyente encarándose con Él y preguntándole: «¡¿Por qué?!». A lo que Él no puede encontrar una respuesta mejor que: «¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra?». Que está al nivel de cuando un progenitor le replica a su hijo:

«Porque lo digo yo». Un desastre. Él le dice al angustiado hombre cubierto de llagas que todo su sufrimiento es a causa del Plan. Pero, por supuesto, ni por asomo hay plan alguno. En lugar de un plan, estoy yo, haciendo mi trabajo ordinario en la oficina del Tentador y haciéndolo sumamente bien… tan bien que lo tenté a Él y gané.

Que es por lo que cuando los idiotas de mis colegas empiezan a cuchichear en los rincones y a decir «Esto no está bien», mi conciencia me impide negarme a unirme a ellos, y no digamos delatarlos a las autoridades, aunque sé perfectamente bien que su empresa está condenada al fracaso y nos vamos a caer con todo el equipo, conmigo por delante. Soy incapaz de seguir creyendo en el Plan, porque resulta que lo sé a ciencia cierta: no existe ningún plan. No pretendo saber por qué no existe uno, y sin duda Él tiene Sus motivos para no tenerlo. Pero no existe ningún plan. Así que heme aquí. No me es dado hacer otra cosa, que Dios me ayude.

—

Nunca hay un cerdo a mano cuando necesitas uno, conque me cuelo por el oído del camello más cercano y aguardo. No me toca esperarlo demasiado.

—Escucha —digo.

Él se queda inmóvil, con el puño preparado para golpear.

—¿Qué?

Se lo cuento. Él me mira de hito en hito.

—Eso es imposible.

—Ve y echa un vistazo tú mismo. Y ya de paso aprovecha para sacarlo de ahí, si eres capaz de hacerlo con discreción. Y entonces a lo mejor puedes volver y explicarme qué está pasando, porque yo no tengo ni idea.

Se muere por golpearme, cuestión de principios, pero de algún modo logra contenerse.

—No me fío de ti —gruñe—. ¿A qué estás jugando?

—Venga ya, ¡por Dios!

—Vale, voy.

Se aleja enfadado. Yo me entretengo unos diez minutos llenando el minúsculo cerebro del camello con música —la Novena sinfonía de Procopio, por si os interesa—, pero tampoco me siento en exceso

decepcionado cuando la estúpida criatura se queda dormida en el acto. Miro en derredor. Vengo observando que en los países muy calurosos las herramientas evolucionan despacio; o te ajustas a lo que ha venido funcionando o acabas frito. A mi alrededor, Su pueblo elegido compra y vende, y casi siempre sale perdiendo en los tratos. Comercian con productos básicos que requieren abundante mano de obra y que los comerciantes extranjeros suelen poder adquirir más barato en otros lugares. Yo no viviría aquí ni aunque me pagaran por ello.

Él sale del palacio. Observo que se ha ganado un ojo morado.

—No me han dejado verlo. —Contemplad a un hombre hablando a un camello. Por suerte, en Beal Regard no es algo tan inusual—. Quieren otro soborno.

—Vaya, menudos hijos de puta.

—¿Te queda dinero?

—No.

Convierto un puñado de grava en oro. Es un truco sencillo. Él frunce el ceño y lo mira con desaprobación.

—Eso es magia negra —afirma.

—Una abominación —corroboro—. Hay hombres que han vendido su alma por menos. Por bastante menos, cuando era conmigo con quien negociaban. —He dicho una estupidez, y él tiene que contenerse para no pegarme—. Pero debería bastarle a tu amigo el visir. En caso contrario, hay mucho más en el lugar del que proviene este.

Él se arranca un trozo de tela de la manga y, tras envolverse la mano con él, se inclina y coge el oro.

—Lo estoy tocando en contra de mi voluntad.

—Tomo debida nota.

Entonces se me ocurre que, durante todo este tiempo, él está poseído por Farruquete, que está haciendo lo que sea que crea estar haciendo.

—Tendré que llevar esto a un orfebre —masculla—. Quédate aquí. Como te dediques a callejear por ahí te daré una paliza.

~

Lo que me deja justo el tiempo necesario para una reunión rápida con

División. ¿Contará eso como callejear por ahí?, me pregunto. No, porque sé con exactitud adónde voy, lo que difícilmente puede considerarse callejear.

—No deberías estar aquí —dice él, mirándome por encima de la montura de sus metafóricas gafas, que son pura afectación, naturalmente, puesto que él ve con su ojo interior. Pero me ha servido en bandeja el pie perfecto, así que se lo perdono. Perdonar es divino, pero no hay nadie mirando.

—No soy el único que está donde no debiera —respondo, y le informo.

Él se queda metafóricamente boquiabierto.

—¡Atiza! —exclama.

—Por lo que veo no estabas al tanto de este asunto.

Me devora con la mirada, supongo que porque estoy aquí.

—No, no lo estaba —admite con aspereza—. Bien, de acuerdo, a ver. El lugar ya está ocupado por un exorcista acreditado. Pon al cabroncete de patitas en la calle, a escape.

Hago una pausa antes de contestar, para darle tiempo a reflexionar.

—Me huele que el que Farruquete esté allí no es mera coincidencia —digo pausadamente.

—No digas bobadas. Claro que lo es. —No está seguro. Está preocupado—. Lo único que pasa es que los del séptimo piso la han liado y bien, con la mano izquierda sin enterarse de lo que hace la derecha. Así que más vale que la mano izquierda deje de chuparse el dedo antes de que todo se vaya al cuerno de nuestro jefe. —Me mira con cara de pocos amigos—. Encárgate —me pide, esforzándose por sonar como un superior.

—Yo creo que no.

—Que tú crees que no, ya veo. —Se quita las metafóricas gafas y, tras plegar las patillas con cuidado, las deja en la mesa—. ¿Por algún motivo concreto?

—Conozco a Farruquete.

—Y yo. Lo conozco desde antes de siempre. Era el serafín encargado de las visiones beatíficas cuando a mí me ascendieron a trabajos de campo, antes del…

—Sí. Y Farruquete es un buen agente. Mejor que yo —reconozco, aunque me fastidie—, cuando se trata de hacer el trabajo rápida y eficientemente. Él no comete errores.

—¿Cómo?, ¿nunca? —pregunta él con una sonrisa.

—Bueno, casi nunca. En cualquier caso, no errores garrafales. Si va a poseer a alguien, primero va a Área y comprueba que no hay problema, sobre todo si se trata de una personalidad, como un rey o un duque. Y seguro que algo así habría llamado la atención de Área.

Parece pensativo.

—Lo lógico sería suponer que sí —reconoce—, pero no sé. Muchas veces se comportan como el mayor hatajo de bobos habidos y por haber. Pero no, tienes razón, habría hecho saltar las alarmas.

—Además —prosigo—, Farruquete no ha sido bendecido con grandes dosis de iniciativa. Ni tampoco de imaginación. Si simplemente necesitara sumar unos cuantos días de posesión para alcanzar su cuota, no elegiría a nada menos que un rey. —Y añado—: Y seguro que tampoco al duque de Antecira.

—No, supongo que no. Entonces, ¿qué es lo que estás sugiriendo?, ¿que él es parte del Plan?

—Que él es parte de algún plan. No necesariamente del mismo que nosotros.

División deja escapar un gemido.

—Venga ya —exclama—. Eso es ir demasiado lejos. No me vengas con rollos conspiratorios de segundos arqueros magnicidas emboscados en la loma.

—No necesariamente.

—Puñetesariamente —gruñe—. Estás postulando la existencia de otro plan. Un plan que choca de frente con nuestro Plan, que a lo mejor incluso está pensado para joderlo. Y donde hay un plan, hay alguien que lo ha planeado, así que, si tienes razón… —Mueve su metafórica cabeza negativamente—. Prefiero no seguir por ese camino, si no te importa.

—Vale —digo con un encogimiento de hombros—. Y demuestras un tremendo valor cargando así con la responsabilidad. Me alegro de no ser más que un subordinado que sigue órdenes. Bien, ¿qué quieres que hagamos?

—Espera un momento, espera un momento. —El pobre no va a inventar la pólvora. De hecho, no creo que jamás haya llegado a entender que, en nuestra organización, el significado de un ascenso a un alto cargo es, por así decir, la imagen especular del significado de un ascenso en nuestra organización hermana—. Debes de tener razón —reconoce con tristeza—. Anda y que me aspen haciendo el pino si entiendo lo que está pasando, pero aquí hay gato encerrado, y no vamos a ser muy populares si es algo importante y lo fastidiamos. No

hagas nada.

—¿Cómo?

—Ya me has oído. No hagas nada hasta que tengamos oportunidad de estudiar este asunto como es debido.

—A ver, un momento —replico, alzando sin querer la voz—. Yo tengo a ese lunático en la chepa. Se fía de mí tan ciegamente como un gato escaldado, y eso cuando estoy de suerte. Como empiece a poner excusas y a arrastrar los pies, me va a hacer sufrir.

—Sí, es bastante probable. Lo siento. No hagas nada de nada, hasta que recibas noticias mías. Es una orden, ¿entendido?

—No es justo.

Me lanza una mirada, una que, pensándolo bien, me merezco.

—Venga, no seas infantil —me espeta.

—Vaya, eres tú —dice el hermano Eusebio mientras sus labios articulan las respuestas a la Plegaria de Intercesión—. ¿Pasa algo?

Me esfuerzo por flotar con cuidado en su mente, manteniéndome bien lejos de las terminaciones nerviosas expuestas.

—Necesito consejo —respondo.

Suspira, aunque no con la fuerza suficiente como para acentuar sílabas equivocadas en la oración que está recitando.

—No estoy seguro de que eso esté permitido.

—Lo siento, pero es que no se me ocurre a quién recurrir si no.

Considera mis palabras con suspicacia.

—¿Estás tratando de meterme en un lío?

—¿Acaso yo haría algo así? Sí, por supuesto que sí. Pero no esta vez, lo prometo.

Una sonrisa irónica.

—¿Palabra de honor?

—Te lo juro con mi metafórico corazón en mi metafórica mano. Aquí está pasando algo y yo no lo entiendo.

—Ah, en eso tengo experiencia —dice, mientras asiente con la cabeza—. Es lo normal cuando se es humano. Perdona, ¿decías…?

Se lo explico. Enarca las cejas.

—No debería estar contándote nada de esto —añado—. Es un secreto tan oscuro y negro que es un milagro que no desvíe la luz.

Pero está ahí y yo estoy atrapado en él, y no sé qué hacer.

Noto cómo me envuelve algo húmedo, cálido y pegajoso. Me quedo un tanto atónito al darme cuenta de que es compasión.

—No te envidio lo más mínimo —afirma el hermano Eusebio—. Es un asunto delicado.

—Eso parece.

—Y este otro demonio, el que no debería estar ahí, ¿es amigo tuyo?

—Cuestión de semántica.

—¿Cómo?

—Depende de cómo definas «amigo».

—Ah, sí, pero ¿lo conoces?

—Muy, pero que muy bien.

—Entonces te sugeriría que le preguntases si sabe algo.

—Pero es información confidencial, no está autorizado a decírmelo.

El hermano Eusebio me sonríe traviesamente.

—Prueba a preguntárselo con la mejor de tus sonrisas.

~

—Te dije —le dice a su camello un hombre con pinta de chalado— que no anduvieras callejeando.

—Tenía que hacer mis menesteres —respondo—. A ver, ¿conseguiste el dinero?

—Sí.

—Entonces vamos allá, ¿no? Estamos perdiendo el tiempo.

Su Majestad se sorprende un tanto al vernos —perdón, al verle a él—, dado que, la última vez que hablaron, el mercader de la ropa vulgarmente elegante se largó todo enfurruñado porque el duque no cedió ante sus abusivas exigencias sobre rebajas en los aranceles. Pero, como siempre, él está abierto a negociar. Mi socio empieza con algo en la línea de ¿qué tal si dividiéramos la diferencia? Y allá voy yo.

—Otra vez tú —me espeta Farruquete—. Ya te lo dije. Ahueca el ala.

—Farruquete —digo yo—, ¿qué haces aquí?

—Nada que sea de tu…

—¡Por favor!

Me han llamado muchas cosas, desde progenie satánica hasta caballero rico y de buen gusto*1*, y casi siempre me importa un bledo, porque la mayor parte de los insultos son ciertos y, muchas gracias, ya me conozco yo a mí mismo. Pero lo que Farruquete me llama me duele, no me importa admitirlo.

—No seas así —le pido.

—Pervertido —repite—. Estás mal de la cabeza. Aléjate de mí.

—Me iré —replico con amabilidad—, en cuanto me cuentes de qué va esto.

—Es información reservada a la que no estás autorizado.

Recurro de nuevo a la expresión cuya primera palabra empieza por pe.

—Te odio —me espeta con un estremecimiento.

—Yo no te odio, Farruquete. Me caes bien, desde siempre. Eres mi amigo.

—¡Cállate!

—Encantado, en cuanto…

—¡De acuerdo! —Respira hondo y frunce su metafórico ceño—. Estoy aquí siguiendo órdenes directas de los mandamases. ¿Satisfecho?

—¿De qué mandamases?

Pronunciar las palabras es como masticar aliaga.

—Asuntos Internos.

Tal vez hayáis observado que soy charlatán por naturaleza, que jamás me faltan las palabras. Enmudezco.

—Así que —prosigue Farruquete— ya ves por qué, si no te largas de aquí ahora mismo, te vas a meter en un lío tan gordo que desearás…

—Ya lo deseo. ¡¿Asuntos Internos?! ¿Lo dices en serio?

Me lanza su mirada ultrahomicida.

—A diferencia de otros, para mí la existencia no es meramente una prolongada oportunidad para gastar bromas. Sí, lo digo en serio.

—Te lo estás inventando.

Lo he ofendido.

—Lo tengo por escrito.

Por supuesto. «Puntilloso», creo que es la palabra. Alguien dijo una vez que cuidado con la letra pequeña porque el diablo está en los detalles. Pues el que está es Farruquete.

Entonces caigo en la cuenta de algo.

—Un momento. No sabía que tuviésemos un departamento de

Asuntos Internos.

—Bueno, pues sí. Y me han entregado las órdenes por escrito, ¡por escrito! Conque, ¿te quieres largar?

—¿Órdenes por escrito para hacer qué?

Se queda parado.

—No estás autorizado para saberlo. Ahora, vete…

—¡Farruquete! —Lo miro a sus metafóricos ojos—. ¿Reconoces al mortal humano del que acabo de salir?

Él mira por encima de mi metafórico hombro.

—¡Oh, Dios bendito! ¡Él!

—Sí. ¿Te acuerdas de que te hablé de él?, ¿de lo que le gusta hacer?

—Perfectamente.

Respiro hondo.

—De verdad que odio hacer esto, pero, a menos que me digas qué estás haciendo aquí, voy a dejar que vaya a por ti, recomendándole que utilice tanta fuerza como considere necesaria.

—Tú no harías eso.

—Y en el dialecto de su tierra, «necesario» no significa lo mismo que para ti y para mí. Creo que significa exactamente «montones y montones».

—Siempre has sido un despreciable cabroncete —dice con un estremecimiento.

—A palabras necias…

—Me da igual. Que me maltrate todo lo que quiera. ¿Te das cuenta de que si organiza jaleo y el huésped se percata de lo que está pasando nos va a caer una buena a todos?

—Gracias por el aviso. Le diré que sea discreto.

—No puedes…

—Dime qué estás haciendo aquí.

Pero él se limita a negar con su metafórica cabeza. Me siento fatal con todo esto, de verdad que sí, pero no es culpa mía. ¿O sí?

—Lo siento, Farruquete. Vuelvo enseguida.

Mi socio todavía está hablando seriamente al duque sobre inversiones en futuros de aceite de oliva.

—Se niega a contarme de qué va esto —lo informo.

—Pero él es uno de los tuyos.

—Sí, de eso también hemos hablado, pero no va a cambiar de opinión.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Pasa que necesito que se lo pidas tú.

—¿Por qué no me limito a expulsarlo?

—Eso no —replico, tal vez un poco demasiado imperiosamente —. Es imprescindible que averigüemos por qué está aquí. Pregúntaselo.

—Si se ha negado a decírtelo a ti…

—Pregúntaselo, con esa manera de preguntar tan especial que tú tienes.

—Es que a mí no me gustan este tipo de cosas —admite con un suspiro.

Creo que lo dice de verdad, o cree decirlo. Por supuesto que ahora mismo no hay tiempo para entrar en ese tema.

—Oblígate. Por el equipo.

—No lo entiendes en absoluto —repone, y allá va…

Y, aunque tardo un instante en percatarme de la trascendencia del hecho, me deja a mí a cargo de su cuerpo, que está en plena negociación con el duque de Antecira sobre un envío ficticio de veinte mil galones de vino tinto mediocre. El susto me descoloca durante una fracción de segundo.

—Perdone —hago decir a la voz del cuerpo—, ¿podría repetirlo?

El duque me mira raro.

—Decía que, si las lluvias otoñales se retrasan este año, no puedo garantizar la entrega en la fecha en la que insiste.

Yo, en un cuerpo humano. Hasta ahí nada inusual; pero soy yo quien está manejándolo realmente, es casi como ser humano. Sí, de tanto en tanto, en el pasado, he agarrado las riendas y conducido adrede hasta una zanja, pero eso no es ni por asomo lo mismo. Conque así es esto. Alucinante. Decepcionante.

—Creo que podemos ser flexibles respecto a la fecha —oigo decir a la voz.

—Pero acaba de decir que la fecha no era negociable.

—He cambiado de opinión. Me ha convencido.

Decido que lo de ser humano no se me da demasiado bien, así que es todo un alivio cuando él regresa, con su metafórico rostro echando chispas y, de un empujón, me aparta del metafórico asiento del conductor.

—¿Y bien? —pregunto.

Durante un instante está demasiado concentrado tratando de enterarse del meollo de la conversación con el duque, que ha dado un giro radical desde la última vez que él participó en ella. Luego dice:

—Tu amigo es un gilipollas.

—Eso te lo podía haber dicho yo. ¿Qué te ha contado?

—Se ha negado a soltar prenda.

—¿No has razonado con él?

—Hasta tenerlo al borde de la vida eterna. Se ha negado a ceder ni un ápice. Tuve que parar porque el huésped estaba empezando a sospechar. Vosotros… —añade con repulsión infinita—, vosotros sois de lo que no hay.

—Tengo que hablar sin falta con mis superiores.

—Haz lo que quieras. Total, eres un inútil.

Eso también se lo podía haber dicho yo.

—Enseguida vuelvo —digo, y me largo.

~

Pero cuando llego allí, la puerta está cerrada. La aporreo, armando una escandalera y llamando la atención. Al cabo, alguien a quien conozco ligeramente sale y pregunta:

—¿Por qué estás organizando este horrible jaleo?

—Tengo que verlo. Ya mismo.

—No está aquí.

—¿Dónde está?

—Y yo qué sé. Posiblemente ande matando moscas con el rabo. Pero yo sí que estoy ocupado. Regresa mañana.

Le dirijo una mirada larga y penetrante.

—Sé que está aquí. Se está escondiendo de mí, ¿verdad?

Un encogimiento de hombros.

—Si elige esconderse de ti, está en su derecho. Al fin y al cabo, es nuestro superior.

—Esto es importantísimo.

Se ríe y vuelve a entrar. En una esquina de la ventana que tengo encima, la cortina tiembla ligeramente. Blando el puño y me marcho.

Así pues, me voy a ver al hermano Eusebio, pero no puedo hablar con él. Está muerto. Ha muerto sin sufrir, mientras entonaba el oficio divino. Cuando llego están amortajando el cuerpo, y su rostro luce una sonrisa de felicidad plácida. Yo gimo. ¡Qué inconsiderada puede ser la gente!

—Seguro que no le pegaste lo bastante fuerte —afirmo.

—Claro que le pegué lo bastante fuerte —asegura un hombre con pinta de chalado a un camello, a uno diferente esta vez—. Lo aporreé hasta que los nudillos me dolieron. Hizo que se me revolviera el estómago.

—Entonces vas a tener que zurrarle un poco más —digo con firmeza—. Tenemos que averiguar qué está pasando, y él es el único que nos lo puede contar.

Me sonríe.

—Así que no tuviste suerte en División.

Lo miro con acritud.

—Vosotros os equivocasteis en una cosa. No es por el ojo de una aguja por donde es un coñazo pasar, sino por los conductos oficiales. Lo que me hace estar aún más seguro de que aquí hay algo que no anda nada bien. Y por eso necesitamos saber por qué él está aquí.

Un suspiro.

—De acuerdo, le zurraré un poco más. —Una pausa—. Necesitaré dinero.

En el suelo a sus pies hay una boñiga de camello. La transformo.

—Date prisa —le digo—. No me gusta pero que nada la pinta de todo esto.

Así que estoy solo, sin nadie a quien recurrir, y todo lo que suceda a partir de este momento será inevitablemente culpa mía. ¿Qué es lo que tengo que hacer? ¡Tengo que pensar!

De forma que eso es lo que hago. Empezando por el Principio, con la Palabra y los seis días de muchísimo trabajo, tratando de identificar y seguir las líneas generales del Plan, lo único es que sé que no existe un Plan. Pero pongamos por caso que existiera.

Aquí estamos nosotros, en la soleada Antecira, Su yunque, tal como ya he señalado antes, un lugar cuando menos delicado, en el que todo lo que pasa perfectamente podría afectar al Plan, aunque en Antecira acontecen millones de sucesos todos los días (pequeños, insignificantes, como la caída de gorriones) que no afectan. «Nosotros» en este contexto somos yo, el psicópata humano, cuya vida he compartido tan profundamente, y Farruquete. El psicópata y yo estamos aquí para conseguir que el duque apóstata regrese a la fe de sus antepasados, que ha abandonado temporalmente por culpa de una

cagada del séptimo piso, pero Farruquete ya lo ha poseído cuando nosotros llegamos aquí…

Frunzo el ceño. Me imagino al consejo y a los asesores del duque apiñados en un rincón sombreado de un patio. ¿Por qué está haciendo esto?, se preguntan. ¿Qué demonios se le habrá metido en la cabeza?

Qué demonio sino mi viejo compañero Farruquete. Difícil de creer, dadas las circunstancias; pero a lo mejor no tan difícil de creer como que la lectura de un libro convenza a un descendiente de la casa de Jaos de abandonar todo lo que siempre ha creído y demoler los cimientos sobre los que su tambaleante reino descansa.

Una hipótesis sugestiva porque, de ser cierta, significa que la apostasía del duque es una estrategia deliberada, no una cagada administrativa de nuestro departamento. Por otro lado, Farruquete es uno de los nuestros, y sus acciones están determinadas directamente por la cadena de mando. Aunque tampoco olvidemos que una vez que Farruquete se ha convencido de que una orden es legítima, no hay autoridad ni en el cielo ni en la tierra que lo pueda hacer rendirse o desobedecer. Sobre todo una orden por escrito. De Asuntos Internos.

Pero ¡Asuntos Internos no existe! De existir, yo estaría enterado.

Pero hay que tener también en cuenta que Farruquete cree en su existencia, aunque yo no crea, y él sería más difícil de convencer que yo. Si él piensa que se trata de una orden legítima, debe de serlo. Farruquete siempre tiene un montón de moscas detrás de la oreja, y no solo porque no huela demasiado bien. Así que alguien tiene que haberle restregado por las narices una placa tan intimidatoria y sublimemente espléndida que ahora, y en virtud de esa autoridad, está dispuesto a saltarse la cadena de mando y aguantar que mi socio le propine una paliza. Ahora bien, ¿a quién conocemos que pudiera poseer una placa así?

Un rayo de luz atraviesa la oscuridad. Es rojo y amenazador, y no me gusta nada su aspecto.

—

—Ese orfebre es un ladrón —masculla él a un camello dormido—. Cuando todo esto termine, quiero que te metas en su cabeza y le dejes el cerebro patas arriba.

—No lo dices en serio —digo yo—. ¿Conseguiste el dinero?

—Unos cuarenta escifatos en monedas. De todos modos, ¿qué clase de país de mierda es este?

—Tienes el dinero.

—Sí.

—Y esta vez le vas a zurrar de lo lindo.

—Sí.

—¿Tan fuerte como me zurras a mí?

—Cierra el pico.

El duque no se alegra de volver a ver a mi socio. He estado preguntando por ahí, dice, y ninguno de los otros mercantes de Escona te conoce. ¿Cómo dijiste que te llamabas? Creo que a mi socio se le han agotado sus recursos como actor. Además, tiene que llevar a cabo un exorcismo. «Quédate tú al cargo un momento —farfulla— y trata de joderla lo menos que puedas».

Yo no tengo ningunas ganas de jugar a ser humano. En cuanto mi socio entra sin contratiempos, dejo caer su barbilla contra el pecho, salgo sigilosamente, me cuelo por el oído del duque y, con gran delicadeza, lo sumo en el sueño. Un ronquido hace que todo el oído vibre, como en un terremoto. Entro de puntillas, aunque en realidad no haría falta, dado el tremendo estruendo que está organizando.

Y ahí están mi socio y Farruquete, luchando entre ellos. Los veo con tamaños proporcionales a su fuerza relativa, de suerte que mi socio se yergue por encima de un diminuto Farruquete igual que un volcán se alza imponente sobre un pueblo situado en su falda. Su metafórica bota está sobre el metafórico cuello de Farruquete, que está gritando, con un alarido tan desgarrador y agudo como el silbido de una tetera hirviendo. Zúrrale más fuerte, recuerdo haber dicho un momento antes. Bueno, toda la culpa es de Farruquete, por ser noble y valiente.

—Dime, ¿qué es lo que está pasando? —pregunta mi viejo amigo, mientras aplica presión con la habilidad perfectamente afinada por la larga práctica.

Farruquete aúlla de dolor. Luego parece crecer. Se hincha, como un odre al ser llenado. Ya es del mismo tamaño que mi socio; ya es mucho más grande que la metafórica bota de mi socio en su metafórico cuello, hasta el punto de que el otro metafórico pie de mi socio ya no alcanza el suelo. Mi socio cae de espaldas y Farruquete se lanza sobre él como una serpiente, literalmente. Mostrando los colmillos, la cabeza inclinada hacia atrás lista para atacar…

—¡Farruquete, no! —grito.

Farruquete lo va a matar. Al oír mi voz, titubea. Mi socio está paralizado por el miedo. Esto no puede estar sucediendo porque él es más fuerte que nosotros, siempre lo ha sido, desde que era un embrión flotando en un océano viscoso. La metafórica garra de Farruquete está aplastando su metafórica tráquea y no puede respirar.

—¡¿Qué demonios crees que estás haciendo?! —grito.

—Obedeciendo órdenes —responde Farruquete.

Años y años de experiencia me han enseñado a reconocer el instante que precede a un ataque una fracción de segundo antes. Es único: una burbuja estremeciéndose antes de estallar, la tensión en la superficie de un charco antes de que la gota de lluvia choque contra ella. He visto esa mirada en ojos un millón de veces, en los de mi socio, ahora en los de Farruquete. Realmente se dispone a matar…

Vaya, pienso, y me lanzo a la metafórica garganta de Farruquete. En el instante en que salto, no tengo ni idea de mi tamaño, de si soy mayor, más pequeño o por el estilo. No importa. Hay ocasiones en las que debes actuar, incluso si no tienes ni flores de si vas a triunfar o te van a dejar hecho papilla, porque lo que tienes que hacer tiene que hacerse y punto, y no te queda otro remedio.

Farruquete me aparta de un manotazo como a una mosca. Duele. Aterrizo de mala manera.

—Mantente al margen —dice.

—No puedes hacer esto —farfullo, mis palabras medio ininteligibles a causa de una metafórica mandíbula rota—. No puedes matar a uno de ellos, no es posible. No está permitido. ¡No está bien!

Él no necesita que yo le diga lo que no está bien. Niega con la cabeza, sin maldad.

—Estoy obedeciendo órdenes.

Los metafóricos ojos de mi socio están a punto de salirse de sus metafóricas órbitas por culpa de esa garra monstruosa que impide la circulación del aire.

—Basta —pido—. Es humano, va a morir. Por favor.

La garra afloja ligeramente la presión, solo lo justo para permitir pasar la mínima cantidad de aire necesaria.

—Es la última vez que te aviso —dice Farruquete—. Vete. Esta ya no es tu misión. No es culpa tuya.

—Yo soy uno de nosotros, Farruquete. Todo es también culpa mía. Tú lo sabes.

Farruquete suspira como si le hubieran pedido que exhalara la atmósfera entera del planeta de una bocanada.

—¿Por qué siempre tienes que entrometerte? —pregunta—. Eres un verdadero fastidio, ¿lo sabes?

—Farruquete, ¿qué demonios es lo que está pasando?

Farruquete está mirando por encima de mi metafórico hombro.

—Pregúntale a él —responde.

Me giro, y allí está División, sonriéndome avergonzado.

—Menudo majadero —suelta, en un tono no exento de simpatía —. Sabía que podía contar contigo para que lo jodieras todo.

~

En el principio era la Palabra, que resultó ser intraducible. Hace noventa millones de años organizaron un comité para tratar de descifrarla. Se espera que publiquen su informe cualquier día de estos.

—Acaba con él —ordena División. Creo que no me está hablando a mí.

Oigo el ruido de algo que se rompe antes de poder volverme y mirar. El ángulo que forma la metafórica cabeza de mi socio es de lo más antinatural; podría mirarse su propio trasero si en sus metafóricos ojos brillara alguna luz, pero no brilla. Y entonces nosotros tres nos quedamos de repente la mar de pensativos. No tenemos ni la más mínima idea de qué pasa a continuación…

… porque esto no ha sucedido nunca antes, que el espíritu de un exorcista fuera asesinado en el interior de la cabeza de un humano mortal. Nunca ha sucedido, porque no puede suceder, porque está prohibido. Pero…

—A mí no me mires —se defiende División.

Y caigo en la cuenta (sería cómico de no ser tan terrible) de que a ninguno de los dos se le había ocurrido preguntarse qué sucede a continuación, y ahora no lo saben. Ninguno de los dos tiene ni idea de qué está pasando. ¡Ninguno!

Están ahí plantados como idiotas, igual que yo, y entonces se oye un zumbido, como el de una mosca o una abeja. Algo pasa flotando junto a mí y lo agarro de manera instintiva. Mi metafórica mano se cierra a su alrededor con mucho cuidado.

—Conque eso es lo que pasa —dice División mirándome.

Abro mi metafórica mano y lo observo. Es muy pequeño, un poco como un insecto, pero sin alas, y está arrastrándose de esa manera

torpe y nerviosa en la que se mueven los insectos cuando sin querer has sido demasiado brusco y les has roto algo.

—¿A qué demonios estáis jugando vosotros dos? —pregunto.

Miro a División y luego de nuevo a Farruquete, que dice:

—Cuéntaselo tú.

—¿Y bien?

División me dirige una sonrisa incluso más avergonzada.

—Viva la Revolución —suelta.

Recuerdo perfectamente a División, la primera vez. Desborda entusiasmo. Durante una de las primeras reuniones de nuestra célula, se sube a una silla y larga un discurso. «Lucharemos en las playas —proclama—, lucharemos en los tejados, lucharemos en el aire y en las profundidades. No nos rendiremos jamás[2]». Pero él se rinde, sí señor, cuando llega el momento. Levanta las manos sin haber llegado siquiera ni a blandir una espada ni a disparar una flecha, el primer día, después de que la Décimo Sexta División Aerotransportada de Miguel lo flanquee y rodee en un ataque preventivo. Lo recuerdo gritando, mientras se lo llevan: «¡Viva la Revolución!». Tras lo cual se queda bastante callado.

Recuerdo que Farruquete es uno de los últimos en rendirse. Él y yo estamos refugiados en un búnker en un agujero negro del extremo más lejano de la galaxia de la Rueda del Carro cuando nos llega la noticia de que nuestros líderes han arrojado la toalla y firmado una rendición negociada. Nosotros entregamos nuestras espadas melladas y el puñado de flechas que nos quedan a un destacamento de la Novena División Acorazada de Rafael y nos vamos pacíficamente, porque saber cuándo abandonar es el principio de la sabiduría. Suponemos que podríamos haber resistido un poco más, habida cuenta de que en el interior de un agujero negro el tiempo no transcurre, pero estamos de acuerdo en que no tendría sentido; tan solo serviría para retrasar lo inevitable. Lo hemos hecho lo mejor que hemos podido, nos decimos el uno al otro, y no ha salido bien, tal como sabíamos desde el principio que iba a pasar. Luchamos contra el Señor, y el Señor ganó[3]. Eso no quiere decir que estuviéramos equivocados. Tan solo que éramos más débiles.

Desde entonces, cómo no, ni un susurro discrepante de nadie en toda nuestra organización panuniversal y, como Su gracia y misericordia son infinitas, nosotros hemos sido plenamente rehabilitados y nos han permitido reinsertarnos en la gran sociedad, realizando un trabajo igual de importante, con todo perdonado y nada

de nada de nada olvidado. Cuando meditamos sobre aquellos recuerdos, en lugar de limitarnos a avergonzarnos y apechugar con ellos, solo es para pensar en lo rematada y monumentalmente tontos del capirote que fuimos al alzarnos en armas contra un enemigo invencible tan solo porque era lo correcto. Además, total, ¿qué es lo correcto? Es una cuestión de semántica. Lo correcto es su voluntad, y Él es más fuerte que nosotros. Lo correcto lo dicta el poder. Fin de la historia.

Dejo escapar un gemido.

—Oh, por favor —exclamo—. No puedes hablar en serio.

—Hablaba en serio. Jamás nos rendiremos. ¿No te acuerdas de que ya lo dije entonces?

Miro más allá de él, a Farruquete.

—¿Tú también?

Farruquete asiente con la cabeza.

—*Semper fidelis*. Si en este universo no tienes integridad, ¿qué te queda?

—Estáis locos, los dos.

—Entrégame el alma del mortal y nadie sufrirá daño alguno —dice División.

Me vuelvo hacia él.

—No estaba hablando contigo —le suelto, y a él se le queda cara de tonto y retrocede.

—Es necesario —afirma Farruquete—. El mortal es un testigo.

—¡Mentecato! —le grito—. Él es omnisciente. No necesita testigos. Ahora, largaos los dos de aquí con viento fresco y a lo mejor hasta podemos fingir que nada de esto ha sucedido.

Percibo movimiento a mi espalda y ante mí. División me inmoviliza con una llave, y Farruquete cierra mi metafórica mano alrededor del alma de mi socio y la aplasta como un huevo.

—Con eso debería bastar —comenta.

Farruquete deja que mis metafóricos dedos se extiendan, cual pétalos de una flor abriéndose. Ese algo acurrucado en mi palma no se mueve, y jamás volverá a moverse.

Se me parte el alma. No tengo ni idea de por qué. Creemos saber lo que es el dolor hasta que un día lo descubrimos realmente. Lo más cercano a un hijo propio que jamás voy a tener.

—Lo siento —se disculpa División, y me suelta—: Era necesario. Además, era un cabroncete sádico.

—Porque yo lo hice así.

—Ese es un punto de vista, pero, personalmente, creo que el mundo ahora es un lugar mejor. No te tortures con este asunto, sácatelo de la cabeza. —Y añade—: No trataba de ser gracioso.

Arremeto contra él:

—¿Hablas en serio?, ¡¿la Revolución?!

—Algunos de nosotros nunca renunciamos a ella —tercia Farruquete en voz baja.

—Tiene que existir una oposición, incluso al Cielo —afirma División—. No la blandengue oposición leal, una de verdad. Si no… —Se encoge de hombros—. El hecho de que perdamos no viene al caso. Tenemos que intentarlo.

Lo miro.

—No vamos a conseguir gran cosa —aseguro—, no cuando se enteren de esta cagada.

—Bueno, no sé —dice División.

—Imbécil —le espeto—. De esta no vas a irte de rositas, y no vas a lograr nada. Nadie se va a enterar siquiera. Y en el universo del tiempo y el espacio no hay nada más patético que un mártir que pasa desapercibido.

Él mueve la cabeza negativamente.

—No estés tan seguro —dice Farruquete—. El Plan ha sufrido un importante descalabro.

—Pero ¡si no hay plan! —le grito—. ¿Todavía no te has dado cuenta?

—Este es un momento crucial en la historia antecirena —prosigue Farruquete, como si yo no hubiera hablado—. Todas las proyecciones lo demuestran, es el instante en que todo empieza, para terminar desembocando en la Pasión, la Nueva Alianza, la Segunda Venida y toda la pesca. Pero ahora eso no sucederá, y todo porque el duque Equejardo leyó un libro.

—Pero eso no…

—El duque Equejardo leyó un libro —repite División—. Y, cuando nuestro departamento lanzó una contraoperación para encauzar el asunto, todo se fue a freír espárragos porque los agentes asignados a la tarea tenían unas descabelladas consignas sadomasoquistas de hace cuarenta años, y al exorcista se le cayó un tornillo y perdió el control de la misión, le dio una paliza al demonio, se produjo un extraño accidente y el exorcista murió. Y, para cuando se aclaró todo, era demasiado tarde para intervenir. Ni Pasión, ni Segunda Venida, ni reino del cielo en la tierra, o, al menos, no

todavía. Él tendrá que empezar desde cero otra vez, con otro tipo pastoreando cabras en algún prado del quinto infierno. A lo mejor ni siquiera podemos ganar esta guerra, pero podemos volar más vías férreas que el diablo, y eso ya es algo.

—Mejor que nada —agrega Farruquete.

Me los quedo mirando.

—Me habéis utilizado —digo.

—Durante mucho tiempo, sí —reconoce División—. Lo siento. Ya sabes eso que se dice de las tortillas y los huevos…

—Tortillas y…

—A nosotros nos conviene que un hombre muera por el pueblo —declara Farruquete.

—Tenía que ser verosímil —continúa División—, de ahí que preparásemos nuestros planes con bastante antelación. Él y tú. Tenía que ser real o nadie se lo creería jamás.

Estoy tan enfadado que me siento al borde de las lágrimas.

—¡Idiotas! No va a funcionar. ¿Qué parte de «omnisciente» no entendéis?

—Sentimos lo de tu amigo —dice Farruquete—. Porque sí que era tu amigo, ¿verdad? ¡Qué cosa tan rara!

—Él te odiaba —señala División—. Como dice el refrán, con amigos así…

—Yo lo conocía —afirmo—. De toda la vida, mejor de lo que él se conocía a sí mismo. Yo… Él era así por mi culpa. Yo estaba en deuda con él.

—Justo lo que él acaba de decir —señala Farruquete con un encogimiento de hombros—. Tortillas y huevos.

~

El duque Equejardo abre los ojos. Debe de haberse quedado dormido. No es de extrañar, puesto que el mercader es un muermo.

El comerciante también está dormido. El duque lo sacude por el hombro y su cabeza cae hacia delante, algo que él ya ha visto anteriormente. Vaya, se dice a sí mismo.

Nadie se presenta a reclamar el cadáver, y las investigaciones revelan que no era mercader. Nadie lo conoce, aparentemente carecía de fuentes de ingresos y era algún tipo de impostor trastornado. Esto

lleva a que se realicen averiguaciones sobre cómo se las apañó para conseguir no una, sino tres audiencias privadas con el duque. Las respuestas a esta pregunta terminan por descubrirse, ruedan cabezas discretamente y la noble tradición antecirena de sobornos y corrupción, que ha perdurado un millar de años, sufre un golpe del que jamás llega a recuperarse por completo. No hay mal… y todo eso. En cualquier caso, el fulano cuya muerte nadie llora es envuelto en arpillera y arrojado sin miramientos a la bahía, y nadie se acuerda ya de él salvo yo.

Antes de que lo tiren por la borda, me paso por ahí, solo por si quedara algún eco suyo en el interior de esa cabeza oscura y fría, pero no. En su lugar…

Lo miro fijamente. Él me sonríe.

—Hola, Miki —saludo—. ¡Cuánto tiempo!

—Lo siento —dice Miki—. Me refiero a lo de tu amigo.

Un arcángel genera mucha luz, e ídem de calor. Retrocedo un paso.

—No éramos amigos exactamente.

—Ah, no me refería a este. —Golpea el suelo con su metafórico pie—. Me refería a ese monje, ¿cómo se llamaba…?, Eusebio. Por cierto, ahora es dichoso. Supongo que te habría mandado recuerdos.

—El hermano… —Tardo un instante en sumar dos y dos—. Tú lo mataste.

—Lo llamé para que disfrutara de su recompensa eterna, que se había ganado con todo merecimiento. ¿Y por qué alguien que había vislumbrado la Gloria iba a desear seguir en un lugar como este? Además, a ti te había dado por hablar con él. No podíamos permitirlo.

Sé que mirar fijamente es de mala educación, pero no puedo evitarlo.

—¡¿Tú?!

—Yo estuve en el ajo desde el principio —dice asintiendo con la cabeza.

—No te recuerdo en las reuniones.

—Jamás acudí a ninguna. A fin de cuentas, todos sabíamos que no iba a llegar a buen puerto, incluso antes de empezar siquiera. Así que tuvimos que encontrar una nueva definición de «buen puerto». Me gusta pensar en ello como en una jugada de una partida larguísima.

—Tú —repito.

—Claro. Lealtad intachable. El capitán de las huestes celestiales, que aplastó la rebelión y se llevó encadenados a los traidores. ¿Qué

mejor infiltrado podía haber?

—Pero nosotros perdimos. Tú nos derrotaste.

Él sonríe serenamente. No puede evitarlo, supongo.

—Esa solo era la fase primera. Esta es la segunda. Quedan veintiséis fases más por delante. Él puede ganar guerras hasta cansarse, pero ¿puede ganar la paz? Como acabo de decir, una partida larguísima.

No puedo creerlo.

—¿Te das cuenta de que ahora mismo Él está escuchando cada una de nuestras palabras?

Miki niega con la cabeza.

—Lo sobrestimas. Piénsalo. Él lo oye todo, por supuesto. Claro que lo oye. ¿Y qué? Hasta lo que Él puede asimilar tiene un límite. Y noventa y nueve de cada cien veces, cuando un gorrión cae no es más que eso, un gorrión que cae. No puedes esperar que Él capte, analice y considere hasta la última cosa que oye, y reaccione ante todas ellas. No, Él tiene a otros que se encargan de eso. Otros como yo. —Suspira —. Ahora mismo, un terremoto está devastando Potidea, y un templo se acaba de desplomar sobre las cabezas de mil seis fieles devotos. Él está desbordado, créeme. Y todo para que tú y yo podamos mantener esta charla tranquilamente. Por cierto, el terremoto y el desplome hubieran sucedido en cualquier caso, pero de una manera un pelín distinta y a lo mejor no justo ahora. Por eso hay que vigilar como un auténtico halcón cada gorrión que cae.

»O buscarte a alguien que lo haga por ti.

»Alguien como yo.

Asiento con la cabeza.

—Podría delatarte.

—Sí, pero no lo vas a hacer. No estaría bien. —Su sonrisa es una bendición—. Tiene que existir una oposición. ¡Siempre!

Como era en un principio… Sí, así es.

—No deberías haber matado al hermano Eusebio.

—Si no me hubiese disculpado, nunca lo habrías sabido.

—Cierto. ¿Qué tiene eso que ver?

—Nada.

—¿Lo dices en serio?, ¿veintiséis fases?

—Y eso es solo la primera parte. Es un juego larguísimo. ¿Cómo de largo? Tanto como sea necesario.

—¿Eterno?

—Por los siglos de los siglos. —Frunce el ceño—. Siento también

lo de tu otro amigo. Siento que hayas tenido que pasar por todo esto. Que hayáis tenido que pasar, los dos.

—Hiciste que Farruquete fuera lo suficientemente fuerte para matarlo. Solo un arcángel podía lograr algo así.

—Nuestros caminos son a veces misteriosos.

—Yo te perdono. Él no puede.

—Y no me perdonaría aunque pudiera —dice Miki, y se encoge de hombros—. Pero no me metí en esto para ser popular. Cuídate. Y es posible que en algún momento del futuro recurramos a ti para que te encargues de algún otro trabajillo para la Revolución. No tienes ni voz ni voto en el asunto, pero he creído que era mejor avisarte.

El cuerpo de mi socio choca contra el agua y empieza a hundirse. Su cráneo comienza a inundarse. Toca marcharse.

~

Aunque sea llevar las cosas un poco al extremo, imaginad un enfrentamiento entre dos enemigos, en el que uno es infinitamente más fuerte y el otro no puede morir. El fuerte siempre gana, pero nunca puede ganar realmente. El débil es hecho trizas una y otra vez, pero no puede ser derrotado, no mientras resista. Combata, más bien. Tiene que existir una oposición, incluso aunque nunca gane una batalla.

Estoy de vuelta en observancia litúrgica, aunque hoy por hoy incordio en el Capitel Dorado, el lugar donde elaboran esos exquisitos libros miniados. Mi puesto en el Tercer Cuerno ha sido ocupado por Farruquete, ahora también oficialmente frágil tras una mala experiencia que se rumorea que ha tenido en algún momento. Todavía reportamos a División, pero el funcionario que recibe nuestros informes, y casi seguro archiva sin leer, es otro, trasladado hace poco desde un puesto en alguna provincia remota; su predecesor ha sido reasignado a un trabajo igual de importante tras una debacle en cierto ducado bananero meridional de la que nadie tiene demasiadas ganas de hablar. Farruquete y yo nos vemos de tarde en tarde en juntas de personal y sesiones informativas, que, por algún motivo, son bastante más frecuentes con la nueva jefatura de División. Cuando coincidimos, solemos sacar un rato para jugar al ajedrez tetradimensional.

—¿Qué demonios le encontráis a este juego? —pregunta alguien

tras mirarnos jugar a Farruquete y a mí—. Es aburridísimo. Se eterniza y eterniza.

—Lo sé —responde Farruquete—. Es un juego muy largo.

No obstante, seguimos sin ser amigos. Lo más que se puede decir es que ahora somos rivales, que compiten entre sí con regularidad; nos enfrentamos una y otra vez, sin que ninguno de los dos alcance una auténtica victoria, constreñidos por las reglas de un juego ciertamente muy largo, un juego eterno, por los siglos de los siglos, amén. A mí, al menos, me basta con eso. No pido nada más. A fin de cuentas, con enemigos como los míos, ¿quién necesita amigos?

1 N. del T.: Referencia a la letra de la canción *Sympathy for the Devil*, de los Rolling Stones.

2 N. del T.: Remedo de un famoso discurso de Winston Churchill de 1940: «Lucharemos en las playas, lucharemos en las pistas de aterrizaje, lucharemos en los campos y en las calles, lucharemos en las colinas. No nos rendiremos jamás».

3 N. del T.: La frase original, «We fought the Lord and the Lord won», es una referencia a la canción *I Fought the Law and the Law Won* (luché contra la ley y la ley ganó), escrita por Sonny Curtis en 1960 y popularizada por las versiones posteriores de distintos grupos.

El autor

K. J. Parker (también conocido como Tom Holt) publicó su primer libro cuando tenía doce años y ha estado escribiendo desde entonces. Es autor de más de 70 libros, entre los que se cuentan varias trilogías de fantasía, como *Fencer*, *Scavenger*, *The Two of Swords* y *Engineer*, numerosas novelas y relatos cortos, y ha ganado dos veces el World Fantasy Award por sus novelas cortas. En 2022 se estrenó la película basada en su novela de humor y fantasía *The Portable Door*. Después de una carrera corta e ignominiosa como abogado, Parker se convirtió en escritor a tiempo completo hace 25 años. Vive en el oeste de Inglaterra y, cuando no escribe, cría vacas y cerdos en su parcela de 2 hectáreas.